



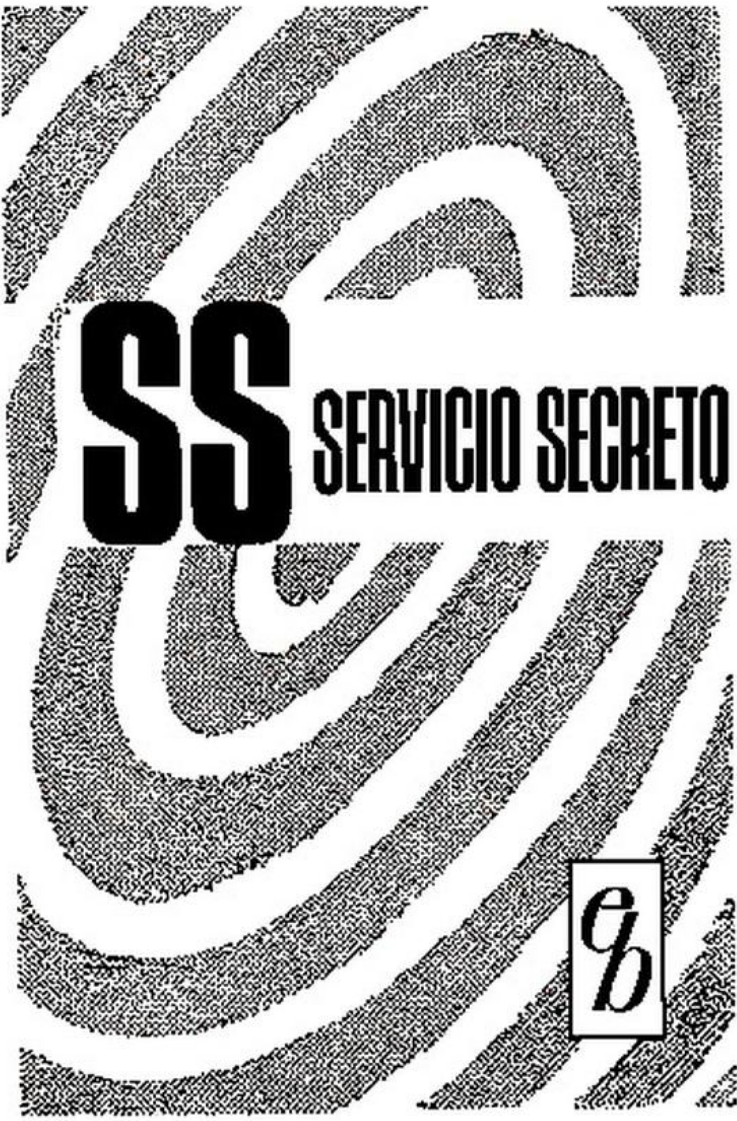
# ESPIONAJE EN COREA



---

ALAR BENET

---



**SS** **SERVICIO SECRETO**



MAGDELEINE  
RIVERS



MICHAEL  
CARTER



*Handwritten signature*

ALAR BENET

# ESPIONAJE EN COREA

**SERVICIO SECRETO n.º 880**

**Publicación semanal**

**Aparece los MIERCOLES**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES**

**CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO**

Depósito Legal, B 13.659-1967

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio 1967

© ALAR BENET -1967  
sobre la parte literaria

© MATAIX -1967  
sobre la cubierta  
© PEÑA-1967  
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor de  
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.  
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.  
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

## CAPITULO PRIMERO

La porra de goma cayó sobre la nuca del hombre con increíble fuerza. Fue un golpe capaz de derribar a un toro, pero con gran sorpresa de los atacantes, no surtió efecto.

El coronel Michael Carter se tambaleó, sin caer, mientras retrocedía, sintiéndose dominado por una extraña turbación, y de cara a sus enemigos, dos sujetos de aspecto patibulario que surgieron de forma imprevista a su espalda, a la altura del Golden Gate, comprendió que necesitaba ganar unos minutos para que su cerebro se despejara de las tinieblas que le envolvían.

Pese a no haber perdido el conocimiento, el agredido se hallaba entre la consciencia y el desmayo, más cerca de este último. Sus miembros se negaban a obedecerle, excepto para el continuo retroceso que llevó al coronel de la acera derecha de Sanyon Street al frondoso parque de San Francisco de California.

Los atacantes le miraban inmóviles, pensando que aquel hombre iba a desplomarse de un segundo a otro. Le habían pegado a placer, impunemente, aprovechando la sorpresa. Nadie era capaz de resistir tan terrible impacto, nadie excepto Michael Carter.

Al ver cómo la que imaginaban fácil víctima se perdía entre los árboles, al amparo de la oscuridad, uno de los agresores exclamó, mientras desenfundaba una «Parabellum»:

—¡Se escapa!

—No irá lejos. Le hemos puesto fuera de combate. No dispires. Bastará con esto.

El que hablaba, de rostro ancho y deforme, con facciones de pugilista retirado, extrajo de uno de los bolsillos una navaja de resorte. El chasquido al surgir la ancha hoja se oyó seco, como un presagio de muerte en el silencio de la noche.

—Vayamos por él.

El coronel Michael Carter, que continuaba internándose en el parque con la mayor rapidez que su estado mental le permitía, pudo oír el breve diálogo de sus enemigos.

¡Iban a matarle! ¿Por qué? ¿Quizá una venganza de cualquiera de los miles de hombres que sirvieron a sus órdenes o...?

Michael no pudo seguir pensando. Unos pasos próximos en la arena le indicaron que sus agresores hallabanse cerca.

Movió la cabeza en un vano intento por recobrarse y sólo consiguió que una punzada en la nuca le hiciera crispas los puños para no gritar de dolor.

Con la rapidez del que se ha enfrentado repetidas veces a la muerte, el coronel, seguro de que iba a ser alcanzado si continuaba huyendo, se dejó caer a la izquierda, entre unos setos, permaneciendo inmóvil, tensos los músculos.

Si conseguía ganar un poco de tiempo y recobrarse estaría salvado. Dos hombres, por fuertes que fuesen y aunque portaran armas, no eran enemigos para él. Sus ascensos meteóricos se debieron a su espíritu de combate, a su desprecio al peligro, a su valor temerario.

Siete cicatrices en el cuerpo daban fe de su heroísmo. Cuatro de las heridas fueron consideradas mortales por los cirujanos. Sin embargo, Michael Carter continuaba vivo.

Quieto, sintiéndose extrañamente tranquilo en medio de su turbación, el coronel se dijo que con los nervios crispados tardaría más en recuperarse. Era preciso que se relajase por completo para que la sangre circulara más fluida por su cuerpo y regara su cerebro.

Lo hizo así, oyendo de nuevo las palabras de sus atacantes.

—¡Cuidado! No puede hallarse lejos. Debe estar escondido.

—Conforme transcurra el tiempo será más peligroso. De todas formas, no dispare mientras sea posible evitarlo. No conviene llamar la atención.

Desde su escondite el militar percibía el sonido de los setos al abrirse al paso de los dos hombres. A unos diez metros de donde se hallaba vio un círculo de luz, proyectado por una linterna, y un sudor frío comenzó a inundar su frente.

Jamás sintió miedo de morir, pero le espantaba acabar así, de forma estúpida, a manos de desconocidos, sin saber el motivo por el que le asesinaban.

Como hipnotizado, siguió el resplandor luminoso que unas veces se acercaba peligrosamente a su escondite, para alejarse después. Sus agresores estaban registrando palmo a palmo un

pequeño sector del parque, en la certeza de que su víctima se hallaba oculto entre las sombras.

Pese a que parecía que miles de agujas se clavaban en su cabeza, Michael Carter sentía que iba desapareciendo la laxitud que le invadiera hasta entonces. Pudo mover los dedos con fuerza. Unos minutos más y...

La sonrisa del coronel hubiera horrorizado a sus enemigos de haberla visto. Era una sonrisa, casi una mueca, de infinita crueldad, la misma sonrisa que había estremecido a cientos de soldados japoneses antes de morir.

—No queda por registrar más que ese seto. ¡Cuidado! ¡Puede estar ahí!

—Tal vez lo encontremos sin sentido.

—Mejor. Será más fácil liquidarlo. No te confíes y, sobre todo, evita armar jaleo. Pégale con la culata, pero no dispares.

Habituado a la lucha en tinieblas, Michael pudo localizar casi exactamente la situación de cada uno de sus adversarios. El que al parecer empuñaba una pistola se hallaba a su espalda, a unos diez metros. El otro, a su derecha, más alejado.

Aún podía disponer de unos segundos, preciosos para su recuperación y, relajado, como si no le amenazara un peligro mortal, el militar continuó inmóvil. ¡El tiempo jugaba a su favor!

La luz de la linterna, que portaba el hombre del arma de fuego, iba acercándose detrás de él, centímetro a centímetro, describiendo un gran semicírculo.

Un ruido inesperado hizo detenerse al que avanzaba. Algo cruzó sus piernas, haciéndole proferir una maldición. Sin duda, era una rata de gran tamaño, espantada por la luz.

—¿Qué ocurre? ¿Le encontraste?

—¡No! ¿Has visto algo por ahí?

—Ese tipo parece haberse evaporado.

—¡Dejémosle! ¡No me gusta este silencio!

—¿Tienes miedo? ¿No viste cómo se tambaleaba?

Los indeseables se habían reunido. Michael, a unos siete metros de sus adversarios, pudo incorporarse sin ser escuchado, merced al diálogo, y oculto tras el tronco de un árbol, se dispuso a esperar.

Mirando al foco de luz, fijo en unos matorrales, el coronel

comprendió que sus enemigos tenían miedo. Mermadas aún sus facultades físicas, pero capaz de luchar, Michael quiso ganar todavía algún tiempo más. Para ello, siempre oculto, se inclinó para tomar una piedra en sus manos y lanzarla a la izquierda de donde se hallaba, a unos quince metros de distancia.

El guijarro, al caer, produjo un ruido seco, que pareció agigantarse en el silencio de la noche.

—¡Ahí va! ¡Que no escape!

Los hasta entonces frustrados asesinos se lanzaron en la dirección deseada por el militar, quien notábase más fuerte, dueño ya de sus energías. Tan sólo le molestaba el tremendo dolor en la cabeza, que lejos de desaparecer, parecía irle en aumento.

Michael arqueó los brazos, tensándolos. Sus músculos respondieron al esfuerzo, aunque la nuca amenazaba estallarle. Toda turbación le había desaparecido. Las punzadas en la cabeza, en vez de mermar sus facultades físicas se las aumentaban, tanto era el furor del coronel de Infantería de Marina.

Vio la linterna moverse en todas direcciones, más lejos de él de lo que hasta entonces estuvo, y escuchó un comentario, dicho con voz bronca:

—¡Ha sido un truco para alejarnos de ese seto! ¡Debe estar ahí escondido! Dividámonos.

Michael Carter esperó en vano una respuesta. La luz habíase apagado y el silencio le envolvía. Su situación era más difícil que antes de desorientar a sus enemigos, pues ignoraba por dónde iba a ser atacado y, lo más importante, cuál era la posición del hombre que llevaba la pistola.

De todas formas, pese al aumento del peligro, valía la pena haber ganado unos minutos preciosos.

Dueño de sus nervios y en plena vitalidad, el militar, encorvado, permanecía inmóvil, escuchando hasta los menores ruidos. Una ráfaga de viento, moviendo las hojas de los castaños, le hizo comprender que su situación era desesperada.

No era aquella una lucha noble en el campo de batalla contra adversarios valerosos, sino una pelea oscura y silenciosa contra dos asesinos acostumbrados a la traición y a la emboscada.

De pronto, la luz de la linterna le enfocó de plano. Michael vio

a su enemigo una fracción de segundo y saltó como impulsado por un resorte, mientras un disparo rasgaba el silencio de la noche. El coronel sintió la mordedura del plomo en su hombro izquierdo y ello frenó el ímpetu de su ataque. No obstante, pudo golpear la muñeca de su antagonista, privándole de la «Parabellum», que cayó a tierra.

—¡Cerdo cobarde! —gruñó, mientras sus manos hallaban el vacío cuando quisieron asir por la cintura al que, fracasado el ataque por sorpresa, huía velozmente hacia el interior del Golden Gate.

Michael se reprochó haber hablado. Quizá sus palabras sirvieran de orientación a su otro adversario. Saltando a la izquierda para desviarse de una posible línea de tiro, tomó a protegerse en un árbol.

El aire aumentaba de intensidad y el rumor de las hojas no le permitía oír otro sonido.

Puso su mano izquierda encima del boquete hecho en su guerrera, empapado en sangre, y sus dedos se humedecieron de un líquido pegajoso que a Michael Carter le era familiar.

El dolor en la cabeza era insufrible. Por si ello fuera poco, la sangre le corría por el tórax.

Se taponó con el pañuelo, pero sin demasiado éxito. La hemorragia era grande. Quizá el proyectil le alcanzó alguna arteria.

Si continuaba allí quieto, en espera de un ataque que tal vez no se produjera de inmediato, corría el riesgo de desangrarse. Por otra parte, mostrarse a pecho descubierto equivalía a una muerte segura. ¿Qué hacer?

No hubo vacilaciones en el militar. Quizá, como en tantas otras ocasiones, la audacia le salvara.

Erguido, como un héroe mitológico, atento a cualquier peligro, el coronel abandonó su refugio, alcanzando uno de los paseos que enlazaba con Stanyon Street. Despacio, con un valor rayano en la temeridad, anduvo hacia la salida del parque, esperando de un momento a otro un ataque.

Tenía la sensibilidad a flor de piel. Sus propios pasos sobre la arena le sonaban con fuerza. El aire había cesado.

Ya divisaba las luces de la calle cuando ese sexto sentido que

tantas veces le libró de morir le hizo girar con rapidez para ver un acero que, arrojado desde distancia, se hallaba a escasos centímetros de su pecho. Alzó el brazo izquierdo y la hoja se le clavó en la carne, casi en el hombro herido por el proyectil. Unos pasos precipitados le hicieron comprender que su enemigo huía.

Hubo de dominarse para no salir en persecución del cobarde agresor. Necesitaba ser curado urgentemente, contener la hemorragia. El instinto le impulsó por una fracción de segundo a arrancar el puñal, pero no lo hizo. Quizá con el acero clavado la pérdida de sangre fuese menor.

Cuando alcanzó Stanyon Street dio un suspiro de alivio, apresurándose a cruzar a la acera opuesta del parque. Una pareja de enamorados, que pasó a su lado, se detuvo. La mujer lanzó un grito de horror.

Michael Carter, de un metro ochenta y cuatro centímetros de estatura, ofrecía un espectáculo impresionante. Por la nuca se le deslizaba un hilo de sangre que, corriéndole alrededor de una oreja, le manchaba la mejilla derecha. El hombro estaba encharcado en el líquido rojizo y el puñal clavado en el brazo vibraba a cada movimiento. La ira que le dominaba daba a su rostro un aspecto infrahumano.

El que acompañaba a la mujer, con voz no muy firme, dijo:

—¿Puedo ayudarle?

—¡Márchese al diablo! ¡No le necesito!

Cuando el coronel se hallaba enfurecido se convertía en un ser de instinto, en un animal peligroso. Con una sonrisa cruel en su rostro oyó las palabras de la mujer:

—¡Vámonos de aquí, Paul!

—¡Lárguense ya!

Michael, con paso de atleta, anduvo con rapidez para doblar la esquina de Frederick Street, alcanzando pronto el parque de Buenavista, que bordeó, para detenerse ante una casa de Thirteen Street. Estuvo a punto de penetrar en el hospital Lot, que se hallaba a un centenar de metros de distancia, pero no lo hizo. Extrajo una llave del bolsillo de la guerrera para franquear la puerta de acceso.

Un reloj, lejano, desgranó, lentas, tres campanadas. El coronel, sin molestarse en cerrar a su espalda, subió a un ascensor,

oprimiendo el botón del quinto piso.

Notábase de nuevo débil, casi sin fuerzas, cuando abrió uno de los departamentos. Cerró de un portazo y anduvo por un breve pasillo hasta alcanzar un *living room*, coquetamente amueblado.

Una mujer alta, esbelta, de gran hermosura, cubierto apenas su cuerpo por un descotado salto de cama, que se hallaba sentada en un diván, se incorporó con los ojos agrandados por el terror.

—¡Michael! ¿Qué te ha ocurrido?

—Aún no lo sé, Magde. ¡Llama al comandante Cheshire! ¡Que coja sus bártulos y venga inmediatamente! Toma. Aquí encontrarás el teléfono.

Con la mano derecha, no sin esfuerzo, el militar sacó un pequeño cuaderno del bolsillo, que entregó a la mujer, la cual, con pulsó trémulo, buscó durante unos segundos para, a continuación, marcar un número en el aparato situado sobre el mueble bar.

Los timbrazos se sucedían uno tras otro, sin obtener respuesta.

—No está. Mejor será que vayamos al hospital Lot.

—Insiste. Se habrá acostado borracho. ¡Espera! Terminará cogiéndolo. No te asustes de lo que oigas. Bueno, tú te asustas ya de pocas cosas.

Magdeleine Rivers, con el auricular pegado al oído, sintió en su rostro las palabras de Michael como si hubiera recibido una bofetada, pero nada contestó. Importaba que alguien curase al que se había desplomado en uno de los sillones, respirando afanosamente cual si le faltase el aire. Un «clic» al otro lado del hilo le hizo comprender que su insistencia obtenía el éxito apetecido.

—¡Quién diablos...!

—Soy Magde. Deja de disparatar y escucha. Michael está herido y te necesita.

—¿En qué nuevo lío se ha metido? ¿Le arañaste tú?

—¡Déjate de bromas y ven ahora mismo!

Había angustia en las palabras de la mujer, quien, sorprendida, oyó que su interlocutor colgaba sin despedirse. Depositó el auricular en la horquilla y se dispuso a actuar. Importaba, en primer término, impedir que Michael se desangrase. Para ello era preciso que taponase la herida.

Sin una palabra, la muchacha abandonó la habitación, para regresar con dos combinaciones, que rasgó, haciendo de ellas anchas tiras.

—¡Voy a quitarte la guerrera! ¡Es absurdo que hayamos de esperar a Raymond teniendo un hospital a menos de cien metros!

—Sé lo que hago.

—Tú nunca sabes lo que haces. ¡Deja de mirarme así! ¡No te tengo miedo! ¡A veces eres peor que un animal!

—No me podrás quitar la ropa si antes no arrancas el puñal, y para eso no creo que tengas valor.

Magdeleine Rivers miró a Michael, en cuya mirada había burla y desprecio.

—Lo intentaré.

Los dedos, no muy firmes, de la mujer, se crisparon en torno al mango del cuchillo. Crispó los dientes al tirar de él con violencia, extrayéndolo. La sangre comenzó a deslizarse por el brazo.

—¡Vas a desangrarte!

Le desabotonó la guerrera y, después de unos minutos, pudo dejar desnudo el torso del que, con los puños apretados y un gesto de angustia en el semblante, soportaba la cura sin un gemido.

—¡Dame esas pastillas que tomas para tus dolores de cabeza, Magde! ¡Parece que me va a estallar la nuca!

—Después. ¡Aguanta!

Con una destreza que sorprendió al coronel, la muchacha taponó ambas heridas mientras comentaba:

—Tienes quemaduras de pólvora en el hombro. Debieron dispararte desde muy cerca. El boquete es tremendo.

—Un rasguño.

Ella le miró con fijeza.

—¡Fanfarrón! Veremos qué opina Raymond. ¿Te hago daño?

—Sí. Estas caricias son peores que las de hace un rato. ¿Te acuerdas?

Magdeleine Rivers se estremeció.

—Sí. Mis últimas caricias. Ya te dije que no volveríamos a vernos más. Voy por esas pastillas.

—Sírreme medio vaso de whisky.

La mujer entró de nuevo en su dormitorio para regresar a los

pocos minutos con un tubo de comprimidos, del que extrajo dos.

—Toma.

—Dame otro.

—El prospecto dice que dos pastillas es la dosis máxima.

—¡Yo necesito tres!

Magde le arrojó el tubo, con brusquedad.

—¡Tómatelos todos y envenénate!

—¡Trae el whisky! ¡Medio vaso!

Michael Carter apuró el licor de un sorbo. Desnudo de medio cuerpo, se perfilaba con claridad la recia musculatura. Varios surcos violáceos indicaban otras tantas heridas.

Magdeleine, con una toalla húmeda, le limpió la sangre, esforzándose en vencer el sentimiento de ternura que le inspiraba aquel hombre brutal, dominador, que la trataba siempre con la misma brusquedad que a sus soldados, pero en el que, a veces, vislumbraba una delicadeza que se esforzaba en ocultar.

—¿Puedo saber por qué no quisiste ir al hospital o, al menos, que llamara a un médico?

—No lo sé. El instinto me dice que es conveniente que esto no trascienda. Me atacaron dos hombres a poca de salir de aquí, junto al Golden Gate. ¡Vivo de verdadero milagro! Me pegaron a traición en la nuca. De haberme desmayado...

La frase incompleta era de extraordinaria elocuencia.

—¿No les reconociste ni pudiste atrapar a ninguno?

—¡Bastante tuve con salvar el pellejo! No dieron la cara.

—¿Imaginas quiénes fueron?

—No.

—Tienes muchos enemigos en todas partes. Tus soldados...

La mirada del coronel pareció centellear.

—¡Ninguno de mis soldados es un traidor y un cobarde! ¡Se dejarían matar por mí!

—¿Por un coronel que les trata, a veces, peor que a bestias de carga?

—Sí, Magde. ¡Tú no eres capaz de entender eso! ¡Los infantes de Marina son hombres de pelo en pecho! ¡Ellos necesitan jefes duros si quieren sobrevivir! ¡Dame más Whisky!

—Ahí tienes la botella.

La muchacha dejó el licor al alcance de la mano derecha del militar, única que éste podía mover y, apretando de nuevo las compresas sobre la herida del hombro, hizo un tosco vendaje en el brazo. Michael bebió un largo trago para pedir:

—¿Tienes un cigarrillo?

La mujer, encendiendo un «Winston», lo puso en los labios del militar. Después, sentándose frente a él, comentó:

—¡Tarda Raymond!

—No. Apenas han pasado diez minutos desde que entré. Estás nerviosa. No temas. No soy de los que se mueren por unas heridas insignificantes. Sé que la bala no rozó el hueso porque puedo mover el brazo. ¿Ves?

—¡Estate quieto o aumentará la hemorragia!

—Parece que te preocupas por mí. ¿Será posible que hayas llegado a quererme?

—¡No te burles! ¡No te tolero! ¡Eres un hombre sin sentimientos! ¿Qué sabes tú de cariño?

—Tienes razón. ¡Yo sólo sé luchar!

Magdeleine creyó adivinar un matiz de tristeza en las palabras de Michael, cuyo rostro se había ensombrecido. El bebió de nuevo para ironizar a continuación:

—Ponte algo. No me gusta que el comandante médico vea lo que hasta hoy sólo me ha pertenecido a mí.

La mujer cruzó el leve salto de cama para cubrir sus piernas, casi por completo al descubierto. Los senos, turgentes, le temblaban a impulsos de la ira.

—¡Eres un grosero!

—¡Soy un hombre! Ni más ni menos. ¡Vístete o no permitiré a Raymond que entre!

—Parece que te has olvidado que estás en mi casa.

—Donde yo estoy es siempre mi casa, Magde. Pareces olvidar que....

Sonó el timbre de la puerta. La muchacha se dirigió hacia el pasillo. Michael, poniéndose en pie en un formidable esfuerzo, se interpuso:

—¡Te he dicho que así no!

Se retaron con la mirada. Magdeleine dijo:

—Pensaba abrir e irme luego al dormitorio.

—Vete primero a la alcoba. Yo abriré.

La mujer, vencida, obedeció y el coronel, tambaleándose, franqueó la entrada a un hombre joven, de unos treinta años, delgado, de rostro enérgico, que portaba un pequeño maletín. Venía vestido de paisano, sin corbata.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Me han hecho dos nuevos agujeros. Ya te explicaré.

—Vamos directamente a una cama. Quiero reconocerte tumbado. ¿Tienes la bala dentro?

—Sí. Perdí bastante sangre.

—Vamos. Esos vendajes están empapados.

Había autoridad en la voz del comandante médico Raymond Cheshire. Michael, sin responder, obedeció, y minutos más tarde se hallaba tendido en el lecho de Magdeleine Rivers, que se había puesto una falda estrecha y un jersey blanco, que se ajustaba como un guante a su cuerpo perfecto.

—Necesitaré agua hervida. Es preferible que pidamos una ambulancia y que te opere en...

—En ningún sitio, comandante. Mañana por la tarde sale nuestra División y no quiero faltar a esa cita.

—Tendrás que faltar.

—Lo veremos. Límitate a curarme. Lo demás corre de mi cuenta.

—¡Es un disparate!

—Entiéndelo como una orden. ¡Nadie debe de enterarse de lo sucedido! El general es muy capaz de dejarme en tierra. ¡Y yo no me separo de mis hombres sabiendo lo que se prepara! ¡Vamos a empujar de una vez y para siempre a esos macacos hacia el norte! Les daremos una lección que no olvidarán fácilmente.

—Tendré que dormirte. La bala está muy profunda.

—Pon novocaína.

—La anestesia local no surtirá efecto. El proyectil te ha hecho un gran destrozo.

Michael Carter se incorporó en el lecho, con un gesto de amenaza en el rostro:

—Escucha, Raymond. Vas a cumplir mis órdenes bajo mi

absoluta responsabilidad. Anestésiamе si quieres, pero mañana a las cuatro de la tarde debo desfilar por San Francisco al frente de mi unidad hasta la bahía, aunque sea lo último que haga en este mundo. ¿Comprendido?

—Allá tú.

—Y ten cuidado. Tienes manazas de veterinario.

—Por eso he podido salvarte el pellejo en tres ocasiones.

Pese a lo áspero del diálogo, se advertía que los dos hombres se estimaban sinceramente.

—¿Tendrás valor para ayudarme, Magde?

La interrogada volvió la cabeza para que el médico no la viese sonreír.

—Lo intentaré. Por si no lo sabes, soy enfermera diplomada.

—Bien. Le administraremos el éter lentamente, empapando una gasa, gota a gota. ¡Túmbate! Te aseguro que mañana te pondré en pie aunque sea a puñetazos. ¡Veremos si eres capaz de resistir! ¡Todos los infantes de Marina sois unos fanfarrones!

—¡Tú también lo eres!

—Soy un médico que ha tenido la desgracia de caer en tu unidad.

Cinco minutos más tarde, el coronel dormía, respirando acompasadamente, bajo los efectos de la anestesia. La operación duró cerca de media hora. Los dedos ágiles de Raymond Cheshire denotaban al experto cirujano. Terminada la intervención, el comandante dijo:

—He trabajado con enfermeras que no son tan expertas como tú. Inyectaremos antibióticos para que no se declaren infecciones. Después, si me lo permites, dormiré un rato en un sillón.

—He preparado café.

—Bien. Una taza nos sentará bien a los dos. ¡Eres muy bonita, Magde! Creo que, en el fondo, Michael te quiere.

—No lo aseguraría. Mike se ama a sí mismo. ¡Es un egoísta!

Raymond Cheshire denegó con el gesto y la palabra:

—No le conoces bien. Es capaz de dar su vida por salvar la de cualquiera de sus hombres. No hay ninguna unidad mejor preparada que la suya y todos sienten la vanidad de hallarse a sus órdenes. No te preocupes. Volveremos pronto de Corea y, como

siempre, le respetará la muerte.

—Cuando él regrese, no estaré en San Francisco. Lo nuestro ha terminado.

—¿Por qué? —ella le miró con altanería—. Perdona, Magde. Os estimo a los dos, y aunque ignoro qué ha pasado entre vosotros, sé que os necesitáis. No te pido que me cuentes nada. Sin embargo, considérame un amigo.

—Gracias, Raymond...

## CAPITULO II

Los dos regimientos del Séptimo Cuerpo de Ejército de Infantería de Marina desfilaban orgullosamente por Fourt Street, en dirección a la Dársena Central de la Bahía de San Francisco. La mayor parte de los soldados eran veteranos de la guerra del Pacífico, en particular los suboficiales, oficiales y jefes. Los bisoños habíanse endurecido en la zona de adiestramiento. Cuando parecía que nadie era capaz de dar un paso más, cuando sangraban los pies después de diez horas sin descanso, el coronel Michael Carter acostumbraba a realizar un ejercicio de combate, muchas veces con fuego real.

Tal tipo de maniobras estaban prohibidas por el Alto Mando, pero para Mike no contaban tales órdenes. El las vulneraba con el mayor descaro y los generales fingían no reparar en ello. En el fondo, todos estaban orgullosos del coronel. Sus métodos, aun siendo crueles, eran los más adecuados para forjar hombres que iban a enfrentarse a la muerte en tierras extrañas, donde la traición y las guerrillas diezmaban a los mejores combatientes.

Corea se estaba convirtiendo en un cementerio para la muchachada estadounidense. El error político del paralelo 38 se pagaba con la sangre de los mejores.

Las noticias que se recibían de Fusan eran muy distintas de aquellas otras optimistas de finales de junio de 1951, cuando un lacónico comunicado informaba que fuerzas comunistas norcoreanas habían atravesado el paralelo 38, invadiendo el sur del país. Se creyó entonces que se trataba de una escaramuza, pero pronto los cañones y los carros blindados del enemigo se incrustaron en cuñas por el territorio del sur.

Lo que se pensó en resolver mediante una acción política, era una guerra cruel e inhumana. Syngman Rhee, presidente de Corea del Sur, gritó en vano una verdad que al fin los políticos estadounidenses hubieron de admitir.

Las tropas comunistas avanzaban con meteórica rapidez. Las primeras unidades americanas, enviadas precipitadamente desde el Japón, fueron deshechas en el primer combate. Cayó Seúl y en

pocos meses la mayor parte de Corea del Sur quedó en manos norcoreanas.

Comenzaron los fusilamientos, los juicios de tribunales populares, que terminaban siempre con un tiro en la nuca... Se impuso el terror y la ley del más fuerte.

Pronto y en breves meses sólo les quedó a los americanos, primeros combatientes de las mal llamadas fuerzas de la ONU, la cabeza de puente de Fusan. Taegu, principal baluarte de la retaguardia surcoreana, estaba amenazada por las divisiones comunistas. Su pérdida significaría el derrumbamiento total, la derrota de una guerra en la que estaba empeñado el prestigio de las Naciones Unidas.

Pequeñas unidades británicas y turcas combatían también bajo la misma bandera...

La banda militar interpretaba «Semper Fidelis», escrita por Sousa hacia el año de 1890, a petición del presidente Chester Arthur y dedicada a la Infantería de Marina.

Los clarines vibraban en el aire y los rostros de los soldados reflejaban fiereza y orgullo de militar en el más famoso Cuerpo de la nación. Cualquiera de ellos se hubiese dejado matar de haber oído la menor ofensa a la Infantería de Marina.

Pechos erguidos, rostros tensos... Una borrachera de heroísmo...

Al frente de las tropas, con paso firme, el coronel Michael Cártter avanzaba con su unidad, altiva la mirada, grave el rostro. Sus facciones parecían talladas en granito.

Nadie se daba cuenta del dolor espantoso que aquel hombre sentía, un dolor agudo, insoportable. Raymond Cheshire, para impedir que sangrara, le había vendado fuertemente el hombro y el brazo.

Cuando atravesó las vías férreas, Michael pensó por un segundo que no iba a ser capaz de alcanzar el muelle. ¿Qué iban a pensar sus hombres si le veían caer desmayado como un recluta? ¡Mal presagio antes de comenzar una batalla!

Mordiéndose los labios hasta hacerse sangre, Carter pudo terminar la marcha, insensible, sin escuchar las músicas militares ni los vítores del público. Oía sólo los latidos de sus pulsos en las sienes, que amenazaban estallarle, y una voz muy íntima que le gritaba: «Tienes que aguantar como sea». «Tienes que aguantar...»

En pie, junto a la pasarela del navío, escuchó las novedades que le iban dando los jefes de las distintas secciones y después, como a través de un velo de niebla, pudo ver a filas de hombres subiendo al transporte para situarse en las barandillas y gritar cosas incomprensibles a los familiares y amigos que fueron a despedirles.

—¡Vamos a tu camarote, Michael! No creí que pudieras resistirlo.

El coronel clavó su mirada, turbia por la inconsciencia, en los ojos del comandante médico.

—¡Subiré el último a bordo!

—No seas testarudo.

—¡Es una orden, comandante! ¡Vuelva a su sitio!

Con un rígido saludo, Raymond Cheshire se dirigió a su unidad para seguir disponiendo el embarque de las ambulancias y material sanitario. Estaba irritado consigo mismo y con la terquedad de Michael.

Las grúas giraban incesantemente, trasladando al barco *jeeps*, camiones, piezas de artillería de poco calibre y demás pertrechos.

El griterío era ensordecedor. Los soldados hablaban a la vez, pretendiendo hacerse oír de los que, en el muelle, chillaban también con el mismo absurdo propósito.

La banda del regimiento no cesaba de interpretar las más populares marchas militares, y varios autogiros evolucionaban sobre la Dársena Central para irse posando sobre el puente del buque, en los lugares previstos.

Todo era confusión y algarabía, todo menos el rítmico paso de las tropas al ir subiendo al barco con absoluto orden bajo la mirada de su coronel.

Michael Carter se hallaba en pie merced a su heroico alarde de voluntad. Cuando el último soldado hubo em-barcado, y después de recibir el último parte, sin asirse a la barandilla ni saber que a su espalda ascendía Cheshire, dispuesto a impedir que rodara, subió lentamente, pero con firmeza, hasta el navío entre las aclamaciones de unos hombres que adoraban a su jefe.

Esforzándose en sonreír anduvo hasta su camarote para, penetrando en él, gemir como una fiera acorralada mientras se arrancaba la guerrera y los vendajes, tintos en sangre. Sólo tuvo

tiempo de tumbarse boca arriba en el lecho antes de que las sombras le envolvieran...

\* \* \*

Cuando Michael recobró el conocimiento se asombró al verse vendado y al comprobar que el hombro si apenas le dolía. Quiso incorporarse, pero le acometió un leve mareo no tan intenso como para no reparar que en la mesilla había un mediado vaso de whisky.

—¡Bien me conoce Raymond! —dijo en alta voz—. ¡Sabe que tiraría sus pócimas por la borda!

Bebió el licor de un sorbo, con avidez y, sintiéndose más fuerte, luego de sentarse en el lecho, se pasó la mano derecha por los cabellos. ¿Cuánto tiempo estuvo sin sentido? Quizá un par de horas, se contestó a si mismo. El barco se movía y no se escuchaban ya los clamores de la despedida.

Encendió un cigarrillo y, poniéndose en pie, se acercó al lavabo para chapuzarse la cara. Al mirarse al espejo se notó demacrado, pálido. Otro trago de whisky terminaría de robustecerle.

Reparó entonces que alguien había deshecho sus maletas, colocando la ropa en los armarios así como sus efectos personales, entre ellos media docena de botellas, alineadas en uno de los cajones del mueble, junto a su ropa interior.

Abrió una y bebió un sorbo, sin utilizar el vaso. Después tornó a sentarse en la cama, apoyando su espalda en la cabecera y teniendo el licor al alcance de su mano.

Fue a beber de nuevo, pero un pensamiento le detuvo. Tal vez Magde fue a despedirle.

¡Magde! ¿Por qué le asaltaba de forma tan intensa el recuerdo de la muchacha? Aun a su pesar hubo de admitir que...

La puerta del camarote, al abrirse, cortó el hilo de las ideas de Michael. Raymond Cheshire, desde el umbral, dijo:

—¡Ya tenemos otra vez al jefe mano a mano con una botella! ¿Qué tal?

—Me duele menos. ¿Están los hombres bien alojados?

El coronel advertía una sonrisa irónica en los labios del médico.

—Sí, claro.

—¿Hace muchas horas que salimos de San Francisco?

—¿Horas? Espera. Doscientas cuarenta y seis y tres cuartos.

—¡Raymond! A veces no me gustan tus bromas.

—No son bromas. Llevamos diez días de navegación y dentro de unos pocos más llegaremos a Yokohama. La fecha exacta depende de lo que este cacharro fuerce sus máquinas.

Michael repitió, atónito:

—¡Diez días!

—Date por satisfecho, coronel. Cuando entré en tu camarote te encontré desangrándote en la cama. Te hice dos transfusiones y te he administrado calmantes y soporíferos para impedir que despertaras. Estoy por asegurar que es ésta la más peligrosa de las heridas sufridas, no por la herida en sí, sino por tu testarudez.

—¿Lo sabe alguien?

—En absoluto. No he permitido que entren aquí. Todos creen que es una rareza tuya. La explicación a los oficiales es que estudias el plan de operaciones y no deseas que nadie te moleste. Te administré alimentos en inyectables y...

—Tomaría ahora un trozo de carne medio cruda y una botella de vino. ¿Me das ya de alta?

—Por completo. Vístete. Mañana te levantaré los vendajes. Las dos heridas están cicatrizadas.

Michael se puso de nuevo en pie, y ayudado por el comandante, pudo vestirse sin dificultades. Al mirarse de nuevo al espejo y notar la ausencia de barba, inició una pregunta:

—¿También tú...?

—Sí. ¡No me lo agradezcas! Pensé en la moral de los hombres. ¡El coronel herido antes de entrar en batalla!

—Hiciste bien. Gracias, Raymond.

—¡Convídame a un trago y déjate de sentimentalismos!

Michael lanzó una carcajada mientras tendía la botella al médico.

—¡Eres tan áspero como yo! ¡Quizá por eso somos amigos!

Bebieron en silencio. El comandante Cheshire ironizó:

—¡He sido para ti como una madre! ¡Ah! Magde me encargó que te dijera que lo vuestro había acabado y me hizo entrega de la llave del piso de San Francisco.

El rostro del coronel se ensombreció.

—¿No sabes dónde está?

—Lo ignoro. ¿Vamos? ¡Conviene que te vean los muchachos!

Michael, serio el rostro, avanzó unos metros para detenerse en seco.

—¡Espera! ¿Dónde pusiste mis papeles?

—Si buscas un sobre lacrado en el que hay escrita la palabra «Confidencial», lo encontrarás debajo del colchón. Lo oculté ahí por considerarlo el sitio más seguro. ¿Vas a abrirlo ahora?

—No. Lo haré luego. Son las instrucciones del Alto Mando, pero hasta Yokohama hay tiempo.

Ya en el puente, Raymond Cheshire prescindió de familiaridades con Michael, caminando a su izquierda, unos pasos retrasado. Jefes y oficiales saludaban al coronel con afecto, sonriendo a veces. El teniente coronel Walter Gordon se acercó a su superior.

—A sus órdenes. Comenzaba a preocuparme su aislamiento. ¿Problemas?

Michael Carter, que no sentía ningún afecto hacia el segundo jefe de su unidad, repuso:

—Deseaba estar solo. Eso es todo. ¿Alguna novedad?

—En absoluto. La moral de los muchachos es excelente y...

—¡De eso estoy seguro! ¡Siga al mando como si yo no existiese hasta que le ordene lo contrario!

Walter Gordon saludó militarmente, sin una palabra, mientras Michael se alejaba en compañía de Raymond,

El coronel no dejaba un solo rincón sin inspeccionar. En varias ocasiones se detuvo para charlar con algunos de los veteranos. Cheshire, siempre retrasado, sin hablar, limitábase a responder a las preguntas que le eran formuladas sobre el estado sanitario de las tropas,

Al pasar ante una fila de pesados camiones colocados sobre una pronunciada pendiente, el coronel se dijo que Walter Gordon había realizado un buen trabajo, aprovechando hasta el máximo todo el espacio disponible para acoplar a los hombres y al pesado material. Fue a volverse para comentar algo con Raymond cuando éste gritó:

—¡Cuidado! ¡Cuidado!

Michael miró a su izquierda. Uno de los vehículos se deslizaba

hacia él con rapidez.

El coronel, por una fracción de segundo, se supo perdido. El monstruo de hierro se hallaba a escasos metros. El parachoques, una gran barra metálica, le alcanzaría en el pecho para aplastarle después contra las paredes del puente de mando, a su espalda.

Era imposible saltar a derecha e izquierda. El camión estaba encima.

Rápido como el pensamiento, Michael se dejó caer al suelo, sin moverse de donde se hallaba. Sintió en su frente el aire de la parte inferior del chasis del vehículo, que no llegó a rozarle, y el camión pasó sobre el militar sin herirle, arrastrando tras de sí las gruesas maromas con que estuvo sujeto.

Antes de incorporarse, el coronel escuchó un formidable estruendo y al ponerse en pie pudo observar cómo el vehículo se había incrustado en una de las paredes inmediatas, deteniéndose.

Raymond Cheshire, que se acercaba alarmado, se detuvo al oír:

—¡No pasó nada, comandante! ¡Vea si hubo víctimas!

Por fortuna, la cabina inmediata al puente de mando se hallaba vacía en el momento de producirse el accidente. Michael Carter, mientras tanto, pudo comprobar que una de las maromas estaba limpiamente cortada a cuchillo...

—¡Mi coronel! ¿Se encuentra bien?

—Perfectamente, Walter. ¿No están frenados y calzados los camiones, además de sujetos?

—Sí, señor. Puede comprobarlo. Veamos los otros vehículos. ¡Despejen esta parte de la cubierta!

La orden iba dirigida a un capitán, quien se apresuró a cumplirla. Michael examinó uno por uno los camiones y hubo de admitir:

—Veo que tomó todas las medidas, Gordon. Ni el más fuerte temporal sería capaz de moverlos.

—Sin embargo, uno sí lo hizo.

—Olvídelo.

—Pero...

El coronel miró con autoridad a su subordinado.

—¡No me gusta repetir mis palabras! Pese a lo sucedido, le felicito por su trabajo.

—Gracias. ¿Manda alguna cosa?

—No. Nos veremos más tarde. Disponga que se re-molque el camión y que se repare ese camarote. Raymond...

—A la orden.

—Examine esas amarras... Los calzos fueron quitados por alguien.

—Pero... ¡Es imposible!

—¡Míralo antes de emitir un juicio!

Media hora más tarde, ya en su camarote, y después de cambiar amplias impresiones con el capitán del transporte sobre el día y la hora de la llegada al Japón, Michael Carter no pudo evitar un estremecimiento. Era la segunda vez que un enemigo misterioso atentaba cobardemente contra su vida. ¿Quién y por qué?

No supo contestar a las interrogantes. Con el pulso no demasiado firme se sirvió un whisky. A solas, el coronel se mostraba tal cual era, hombre valeroso, pero sujeto a temores e incertidumbres. Ante los demás su rostro adquiría ese gesto de dureza que tan familiar les era a los que integraban el Séptimo Cuerpo de Ejército de la Infantería de Marina.

De debajo del colchón, el militar extrajo el sobre lacrado en el que sus superiores le daban órdenes concretas. Leyó:

«El 15 de agosto deberá recoger en Yokohama a tres regimientos de la Séptima División de Infantería y al general David G. Barr, que se habrá desplazado a Tokio con tal motivo. Zarpará de nuevo el 16, rumbo a Fusan, donde deberá llegar el día 20. Concederá cuarenta y ocho horas de permiso a la tropa para dirigirse rumbo a Inchon, en las proximidades de la isla de Wolmi, donde se encuentran los cruceros y acorazados a las órdenes del general Walker. Transportará a sus hombres a los navíos de desembarco, siempre atendiendo las instrucciones del jefe de las operaciones. Debe atenerse escrupulosamente a las fechas indicadas.»

Michael Carter no necesitó mirar el mapa para comprender el alcance de la operación. Inchon se halla a menos de cincuenta kilómetros de Seúl, la capital de Corea del Sur, en poder del enemigo, y a menos de ciento veinte del paralelo 38. Si el desembarco resultaba un éxito y las fuerzas conseguían desplegarse hasta Yangjang, en la costa del Mar del Japón, se cerraría una

gigantesca bolsa en la que sucumbiría el ejército enemigo. De no progresar los avances con rapidez, de todas formas aquel desembarco era un acierto táctico porque obligaría a replegarse a los norcoreanos antes de quedar cercados.

—¡Ya era hora! —exclamó el coronel en alta voz.

Le había correspondido a Michael combatir en los primeros momentos de la invasión, con fuerzas bisoñas trasladadas precipitadamente desde el Japón. ¡Estaba harto de mostrarle la espalda al enemigo!

Extrajo del sobre, que había dejado sobre la mesa, una segunda hoja de papel. Leyó, con gran sorpresa:

«Advertimos al coronel Carter la posibilidad de que entre las fuerzas a su mando se halle un grupo de hombres al servicio del espionaje enemigo. La Oficina Federal de Investigación procede a revisar los expedientes de los soldados que embarcaron en San Francisco, sin olvido de oficiales y jefes, pero la tarea es larga y tardará algún tiempo en obtenerse datos positivos. Se cree que intentarán sabotajes en Yokohama o en Fusan. Manténgase alerta y no se confíe a nadie excepto al comandante Raymond Cheshire, al que hemos nombrado jefe del Servicio de Información por ser el menos sospechoso debido a su condición de médico. Lamentamos no poderle facilitar más datos. Raymond Cheshire será el único que mantenga contacto con el Servicio de Contraespionaje, limitándose usted a facilitarle los partes que estime oportunos. El comandante tiene plena autonomía para actuar.»

Al terminar la lectura una luz se hizo en el cerebro del coronel. ¡Ahora se explicaba los dos atentados!

—¡Espías cobardes!

Sí. No era mala táctica acabar con el coronel Michael Carter semanas antes de dar comienzo las operaciones. La noticia se extendería como llama en reguero de pólvora y quizá la moral de los infantes de Marina se debilitase.

Leyó varias veces los mensajes hasta retener su contenido en la memoria, y, después, los prendió fuego sobre uno de los ceniceros metálicos.

Anduvo por el camarote. ¿Quién o quiénes podrían ser los presuntos saboteadores? ¿Cómo saberlo?

Una idea le hizo sonreír. Sí. Aquélla era la mejor solución.

Quizá lograra aclarar el enigma antes de que llegasen a Yokohama. Entonces le demostraría a Raymond Cheshire que no necesitaba a los miembros del Servicio de Contraespionaje para resolver los problemas que un grupo de traidores le planteaban.

Una mueca de ferocidad se dibujaba en el semblante del coronel cuando Raymond entró.

—No hay duda de que se trata de un atentado —fueron las primeras palabras del comandante—. Alguien quiere liquidarte. ¿No imaginas por qué?

—¿Y tú?

—Yo lo supongo. ¿No tienes nada que ordenarme?

—En absoluto. Atiende a la enfermería, que es lo tuyo. ¿No es eso?

Cheshire, tomando un vaso, se sirvió whisky. Después de beber, dijo:

—Pongamos las cartas sobre la mesa, coronel. ¿Has abierto ya el sobre? Veo que sí. Hiciste bien en quemar los mensajes.

—¿Conoces su contenido?

—Sí. Yo ayudé a redactarlos la misma noche que te atacaron en San Francisco. ¡Fue una pena que no pudieras capturar a ninguno de tus enemigos! Debemos estar ahora más unidos que nunca, no como amigos, que lo somos de hace muchos años, sino en cuestiones de servicio.

—¿Tengo que consultarte antes de dar una orden? —inquirió Michael, sarcástico.

—¡No saques las cosas de quicio! ¡Tú eres el que mandas! Pretendo coordinar nuestros esfuerzos para...

—Cazar a esos tipos es cosa tuya. No pienso meterme en tu terreno, pero no olvides que no escucharé ni un consejo en el mío. ¿Entendido?

Grave el rostro, Raymond quiso insistir:

—No me comprendiste. Yo...

—¡Tú eres el comandante jefe de los servicios sanitarios del Séptimo de Infantería de Marina! ¡Para mí, nada más! Mantén sanos a mis hombres, preocúpate de que no contraigan enfermedades previsibles, sobre todo en Yokohama y Fusan, y lo demás me importa un bledo. ¡Soy un militar y no un policía!

—La seguridad de tus hombres puede depender de eso que desprecias: de una actividad policíaca.

—¡Actuaré a mi modo!

Raymond se sirvió más licor, pensativo, hondamente preocupado. Conocía el orgullo de su amigo y se dispuso a iniciar otra táctica.

—Nadie pensó en quitarte autoridad, Mike. Todos te conocemos lo suficiente como para saber que eso no es posible. Tú sigues siendo el jefe y yo estoy a tus órdenes. De eso no cabe duda. Lo que quiero es que para lo que no sea de tipo militar y se relacione con tus atentados vayamos unidos.

—Es a mí a quien quieren liquidar, ¿no es eso? ¡También en ese asunto procederé a mi estilo!

—¡Quieren matar a un símbolo en la Infantería de Marina! ¿No te has dado cuenta de que tu nombre es ya una leyenda en el ejército?

Sin convencimiento, el coronel denegó:

—No lo creo. Espero hace un año el ascenso a general. ¡Me lo he ganado a pulso!

—¡Sabes que no dices la verdad! Quizá no seas ya general porque eres un hombre de lucha y no te consideran capaz de envejecer dando órdenes detrás de una mesa de despacho. Además, te falta tacto. Tus superiores te temen. Un general ha de ser más diplomático. Tiene que soportar a los senadores y los políticos. En definitiva, eso no nos importa ahora.

—Mucho me valoras.

—Son ellos. Para mí eres un buen soldado. Nada más.

—¿Nada más?

—Y un entrañable amigo. Por eso me permito hablarte así y no estoy ahora cuadrado recibiendo órdenes. ¡Guarda esa coraza para con los demás! Muéstrate cual eres delante de mí. ¿Por qué te obstinas en mantener ante los que te quieren esa postura de hombre de hierro?

—¿«Los que me quieren»? ¿Quiénes son?

—Magde y yo.

Michael frunció el ceño.

—Esa chica obtuvo de mí lo que deseaba y yo de ella. ¡Estamos

en paz!

—¡No eres sincero!

—¡Raymond! ¡No te permito...!

—¡Vas a permitírmelo aunque sea lo último que haga en esta vida! ¡Te has comportado como un salvaje con esa muchacha! ¡Ella te ama y tú también, aunque lo niegues por presumir de hombre sin sentimientos!

—¡Sal de aquí, Raymond!

—¡Debí dejar que se te pudriera la carne y te murieses como un perro! ¡Necio de mí que aseguré al jefe de Estado Mayor que entre tú y yo no surgirían dificultades, que actuaríamos de acuerdo para desenmascarar a los culpables! ¡Ahora comprendo por qué no me creyeron! ¡Ellos te conocen mejor que yo!

—¡Márchate!

—Ya me voy. Magde se despidió de mí llorando y diciéndome que eras peor que un bruto. Yo te defendí, pero ahora le doy la razón.

Con un portazo, el médico abandonó el camarote. Michael Carter dio un puntapié a una de las sillas inmediatas, arrojándola contra la pared. Después se tumbó en el lecho, cerrando los ojos, negándose a pensar. ¿Cómo explicar a Raymond quiénes le convirtieron en lo que era? ¿Lo comprendería? Su niñez fue dura y en ella hubo hambre y miseria.

Permaneció tumbado más de una hora, dirigiéndose luego al comedor, donde se hallaban reunidos el capitán del buque, sus oficiales y los mandos de los dos regimientos. Todos se incorporaron, respetuosos, al verle entrar.

—Siéntense, señores.

Comieron en silencio. El sombrío rostro del coronel no presagiaba nada bueno y los diálogos morían apenas iniciados...

### CAPITULO III

La noche era oscura. Las aguas del Pacífico, agitadas por un fuerte viento, movían el transporte. Las nubes, muy bajas, eran las avanzadas del temporal que aún no se había desencadenado con toda fuerza.

El coronel Michael Carter se hallaba acodado en la barandilla del puente, en las proximidades del camarote, en actitud distraída. ¡Esperaba y deseaba que alguien le atacase!

Las dos noches anteriores había repetido la misma operación, sin éxito. ¡Sólo le quedaban veinticuatro horas para atracar en el puerto de Yokohama, y le irritaba la idea de que sus planes no tuvieran el éxito apetecido, pese a lo que arriesgaba al ponerlos en práctica!

«Si no se lanzan ahora es que han desistido para siempre — pensó el coronel—. Ninguna oportunidad mejor para intentar tirarme al Pacífico.»

Consultó su reloj, de esfera luminosa. ¡Eran las tres menos diez de la madrugada!

Las olas chocaban contra los costados del buque, zarandeándole. Según el capitán, aproximadamente a las seis de la mañana entrarían en la zona central de la borrasca.

Durante la tarde se afianzaron las amarras y se tomaron las medidas necesarias para la seguridad de los hombres y de los pertrechos, bajo la dirección personal de Michael Carter y del segundo jefe, teniente coronel Walter Gordon, estableciéndose turnos de vigilancia para prevenir cualquier posible contingencia.

Sin apenas moverse, Michael miró a ambos lados. El puente se hallaba desierto. Deseando llamar la atención sobre su presencia, encendió un cigarrillo, no sin gastar media docena de fósforos hasta encontrar una posición en que la llama no fuera apagada por el aire. En uno de los movimientos creyó percibir una sombra próxima, oculta detrás de un *jeep*. ¿Un centinela o uno de sus misteriosos enemigos?

Se inmovilizó, con los músculos tensos, colocándose de espaldas al peligro. Sus oídos, habituados al temporal, percibirían cualquier ruido sospechoso. ¿Y si no era así? ¡Era necesario que corriese el

riesgo antes de que se iniciara la ofensiva! En pleno frente de batalla cualquiera podría dispararle impunemente.

Transcurrieron los minutos. Michael, pese a su serenidad, sentía correrle el sudor por las sienes. ¿Y si no le daban tiempo a defenderse? Tal vez dispararan a distancia, alejándose después.

Por primera vez se arrepintió de su temerario plan, pero ya era tarde para retroceder. ¡Llegaría hasta el fin pasara lo que pasara!

Acodado en la barandilla, con los nervios a flor de piel, se volvió de pronto, intuyendo una amenaza mortal. A medio metro de distancia, un hombre, con un cuchillo en la diestra, se lanzaba contra él, dispuesto a apuñalarle.

Pudo asir la mano armada cuando el acero se hallaba a unos centímetros de su cuerpo, mientras mascullaba:

—¡Voy a retorcerte el pescuezo, traidor!

Seguro de su superioridad física, el coronel fue alejando de sí el arma blanca, retorciendo metódicamente la muñeca de su antagonista hasta obligarle a soltar el cuchillo.

Michael, sin embargo, no soltó a su enemigo. Con inaudita crueldad siguió forzando el brazo de su antagonista, que gemía de dolor. Un chasquido seco, de un hueso que se rompe, fue seguido de un grito de angustia.

—¡Suélteme!

El coronel empujó a su antagonista haciéndole retroceder unos metros. Después, muy despacio, avanzó de nuevo.

—Dime quién eres y quién te paga. ¡Vamos!

No veía las facciones de su frustrado agresor en la oscuridad, pero le adivinaba de uniforme. Un roce a su izquierda le hizo volverse con rapidez, mientras un disparo de pistola rasgaba el silencio de la noche. Un segundo hombre, que portaba una metralleta, se desplomó a unos diez metros de donde se hallaba el coronel, quien vaciló unos segundos, que fueron aprovechados por su primer enemigo para huir por el puente.

Apenas había caminado unos pasos cuando una sombra se interpuso ante el fugitivo, quien, acorralado, pre-so de terror, quizá sin saber realmente lo que hacía, se lanzó al mar, saltando la barandilla.

Todo había sido tan rápido que aún Michael estaba perplejo.

Indudablemente se enfrentaba a unos enemigos fanáticos.

—¿Te ocurre algo? ¿Lograron herirte?

—¡Raymond!

—El mismo. Me di cuenta de que iban a dispararte por la espalda y me anticipé. Veamos si ese hombre está muerto.

—Será mejor que le llevemos a mi camarote. Aquí no estamos seguros. Pueden atacarnos a traición desde cualquier escondite.

El comandante asintió en silencio a las palabras de su jefe, y tomando entre sus brazos al hombre que portara la metralleta, se introdujo en la cabina del coronel, quien cerró a su espalda, encendiendo después la luz. El médico depositó su carga en el suelo.

—Está muerto.

—No es uno de los veteranos —dijo Michael mirando el rostro del cadáver—. ¿No lo reconoces?

—Sí. He visto su cara pero no sé quién es.

—Salgamos de dudas.

Registraron los bolsillos del cadáver, no encontrando ningún papel que sirviera para identificarle. Los dos hombres quedaron perplejos.

—¿Qué hacemos, Michael? ¿Reúno a los jefes de batallón?

—No. Fotografiémosle, saquemos las huellas dactilares y arrojemos el cuerpo por la borda. Mañana sabremos quiénes faltan a la lista. No conviene que nadie se entere de lo ocurrido. Si tienen cómplices, éstos volverán a atentar contra mi vida y es posible que les cacemos. Si se saben vigilados dejarán pasar el tiempo, y eso no nos conviene. Hemos de atraparles antes de que se produzca el desembarco. ¿No te parece?

Raymond Cheshire meditó unos segundos.

—Sí. Es lo mejor. Voy por la cámara. Tal vez les pongamos nerviosos. No hay ninguna actividad fuera. Sin duda no oyeron el disparo.

—El ruido del mar era muy fuerte. Raymond...

El comandante médico, que se dirigía hacia la puerta, se detuvo.

—Dime.

—Me salvaste la vida. No advertí a mí segundo enemigo.

—Te he salvado la vida otras veces. Imaginé lo que te proponías

hacer y he estado protegiéndote. En ocasiones, mi bisturí ha obrado más prodigios en tu carne que la pistola esta noche.

—Es distinto. Fui muy brusco hace tres días, al echarte de mi camarote. Desde entonces has evitado hablarme.

—¡No es necesario que me pidas disculpas, sino que te des cuenta de que nos enfrentamos a adversarios muy peligrosos! ¿Cooperarás conmigo?

—Sí.

—Entonces, apresurémonos a tirar por la borda a este tipo. Mañana, cuando averigüemos su identidad, telegrafiaré a Washington para que nos den todos los antecedentes que les sean posibles. En el barco investigaré quiénes son sus amigos.

Diez minutos más tarde, el comandante arrojaba el cadáver al mar, cada vez más turbulento.

—Llama al oficial de servicio, Raymond, y ven con él. Deseo que escuches las órdenes que voy a darle.

Michael Carter quedó solo unos minutos, durante los cuales, pensativo, paseó de un lado a otro de la cabina. Unos golpes en la puerta le sacaron de su abstracción.

—Adelante.

Entraron el comandante Cheshire y un teniente joven, de no cumplidos veinticinco años, quien se cuadró ante el coronel.

—A sus órdenes, señor. No hay novedad.

Con una sonrisa, indescifrable para el oficial, Michael dijo:

—Descanse. Quiero que doble las guardias. Que no haya un sitio en el barco sin la adecuada vigilancia. El temporal va en aumento y todas las precauciones son pocas.

—Sí, señor.

—Llevamos un exceso de material sobre cubierta. Aunque al parecer no habrá dificultades, hemos de anticiparnos a cualquier eventualidad. Puede repetirse lo del camión.

—Señor...

Como el teniente callara, no atreviéndose a continuar, su jefe le apremió:

—Hable. ¡Es una orden!

—El sargento Vincent Canonge ha dicho esta mañana a un grupo de soldados que alguien había cortado las

amarras del vehículo para provocar el accidente. Acabo de enterarme por uno de los centinelas.

—¿Qué pensaba hacer?

—Pensaba dar parte al comandante para que le impusiera un arresto por difundir noticias tendenciosas.

—Bien hecho. Dígale al cabo Canonge que se presente mañana a mí.

—¿Cabo, señor? Es un veterano del Pacífico y...

—¡Esto le enseñará a tener la boca cerrada! No haga ningún comentario. Informe al comandante de cuáles son mis deseos. Tendrá que ganar de nuevo sus galones.

—A la orden, señor. ¿Algo más?

—Sí. Investigué personalmente lo ocurrido y no encontré nada anormal. Fue uno de esos hechos imprevisibles y hasta un poco inexplicables que ocurren con frecuencia.

—Sí, señor.

—Puede retirarse, teniente.

—A la orden.

De nuevo solos Michael y Raymond, el segundo inquirió:

—¿Adivinas cuáles son mis temores?

—Sí. Es posible que alguien intente aprovecharse del confucionismo de la tormenta para preparar algún sabotaje. El material no viaja en las debidas condiciones por falta de espacios adecuados. Creo, Raymond, que hemos de tener informado al teniente coronel Gordon. Si algo me ocurriese él debe tomar el mando, y conviene que sepa lo ocurrido.

—No lo hagas, Mike.

El coronel miró a su amigo con altivez:

—¡Walter es un hombre de honor! El que los dos no simpatizamos no quiere decir que no le considere un caballero y un militar íntegro. ¡Veo que acabarás dudando hasta de mí!

—No dudo de él. Se me hace muy cuesta arriba. Sin embargo...

—¿Qué? ¡Vamos, habla!

—Contrajo matrimonio hace unos años con una muchacha coreana que residía en San Francisco en unión de sus padres. Por eso lleva una vida tan aislada.

—Cada uno es dueño de casarse con quien se le antoje. Ella es

ya ciudadana norteamericana. ¡No me convencen tus razonamientos!

—Hay más todavía.

Michael Carter ordenó:

—¡Dilo todo de una maldita vez y déjate de rodeos!

—Al invadir los norcoreanos el sur del país, la esposa de Gordon y sus suegros desaparecieron. Por nuestro servicio de información sabemos que se encuentran en Pyongyang y que él ocupa un alto cargo en el Departamento de Guerra. No dudo del honor de Gordon, pero... ¿Comprendes?

El coronel guardó silencio. Al fin, exclamó:

—¡El no es un traidor! Le conozco a fondo.

—No lo dudo, pero seamos prudentes. ¿No te parece? Los secretos se guardan mejor si nadie los conoce.

—Tú ganas. Creo que ya no podré dormir en toda la noche. Vete a acostar si quieres.

—¿Para qué? ¿No oyes cómo cruje el barco? Dentro de una hora el Pacífico se convertirá en un infierno. Podemos tomarnos unos whiskys y...

—Después. Ahora veamos cómo el teniente dispuso las guardias. No conviene descuidar detalle.

—Te acompañaré.

Al salir del camarote, el navío se inclinaba peligrosamente a estribor mientras una ola, perdida ya en parte su intensidad, les empapó por completo.

—¡Pongámonos los impermeables, Raymond! ¡Nos reuniremos en el puesto de mando!

—De acuerdo.

Los dos hombres hablaban a voces para hacerse entender.

Michael penetró de nuevo en su camarote para protegerse del agua y después, sintiendo que a veces el suelo le faltaba, tambaleándose como un beodo, alcanzó la cabina de mando en la que se hallaban el timonel, un oficial de guardia y el capitán Eric Amo, de la Marina de Guerra de los Estados Unidos.

--A sus órdenes, coronel.

—Hola, capitán. Parece que el temporal se encuentra en pleno apogeo antes de la hora prevista, ¿no es así?

—Por desgracia, no. Aún nos hallamos lejos del centro de la borrasca. Esto no es más que el principio.

—No es buena perspectiva.

—Los temporales son muy violentos en el Mar del Japón. Tal vez nos retrase unas horas la llegada a Yokohama,

—Llevamos adelante. No se preocupe. Lo que importa es que este cacharro resista.

—Resistirá, coronel. De peores situaciones hemos salido. ¡Dos grados a babor, timonel! La zona tormentosa es muy amplia y no podemos eludirla. La atravesaremos casi por el centro. ¡Que ningún soldado salga a cubierta! ¡Las olas comienzan ya a saltar por encima y podrían arrastrarles! Use el sistema de altavoces, si lo desea.

—No. Prefiero tener una reunión con los oficiales en mi camarote. Llegas a tiempo, Raymond. Di a Walter Gordon que necesito hablarle. Que el oficial de guardia avise también a los jefes de batallón.

—A la orden.

—Ve tú también. No podemos quitar los centinelas del puente. ¡Tendrán que atarse! ¿No le parece, capitán?

—Es un medio seguro. Mis marinos les ayudarán.

—Es preciso que vigilemos la carga de cubierta.

A las cinco y media de la madrugada, tomadas ya todas las medidas de seguridad, Michael Carter, desde el puesto de mando, presenciaba un espectáculo inédito para él: el de montañas de agua zarandeando el buque como si se tratara de una cáscara de nuez.

A veces la proa se alzaba y el barco parecía dar un salto en el vacío mientras las hélices se movían en el aire durante unos segundos.

El coronel, inquieto, no dejaba de observar el puente, repleto de vehículos y de artillería. Pese a haber revisado las amarras, no por ello disminuyó su inquietud. Hasta entonces, en sus viajes por mar, nunca fue protagonista de un temporal tan intenso.

—¿Durará mucho la tormenta, capitán?

—No. Unas horas. Confío en que a media mañana habrá pasado ya lo peor —repuso Eric Arno, atento a todas las maniobras—. ¡Quédese aquí o vaya a su camarote! Los puentes y la cubierta son

peligrosos.

—Permaneceré a su lado. Se divisa toda la proa.

Sujeto a un pasamanos metálico, Michael Carter evocó, sin saber por qué, a Magde. ¿Qué sería de la muchacha? Raymond, al hacerle entrega de la llave de su apartamento en San Francisco, había insistido en que la muchacha le amaba sinceramente. ¡Qué absurdo! ¡Amarle a él, a un hombre sin ninguna delicadeza, brutal, apenas algo o alguien le contrariaba! Recordó la angustia de Magde al verle entrar herido, sus manos temblorosas al llamar al comandante Cheshire, su valor al taponarle las heridas. ¿Cómo correspondió él? ¡Con sarcasmos, en su afán por presumir de hombre de hierro!

Pese a que los soldados se hallaban en las bodegas, acondicionadas para el transporte de tropas, con la orden expresa de no abandonarlas, el coronel estaba inquieto. ¡Era el responsable de que el material llegara intacto a Corea! ¿Llegaría?

Desde la cabina de mando miró a los camiones, muy próximos a él, pareciéndole por un segundo ver desfilarse entre ellos una sombra. Miró con más atención, pero una gigantesca ola envolvió a los vehículos. Al retirarse el agua, entre un torbellino de espumas, sólo pudo divisar al centinela, protegido entre dos camiones y atado a ambas cabinas por la cintura.

Centró su atención en el lugar en el que le había parecido ver a un hombre y hubo de admitir que sus temores quizá le hicieran ver fantasmas.

—Voy a salir, capitán. Quiero revisar los puestos de guardia.

—Sé que es inútil disuadirle, coronel, pero vaya con cuidado. Hay tendidas maromas en todas direcciones. No se suelte de ellas o será arrastrado por el mar. Póngase mi impermeable. El suyo no sirve para estos temporales.

—Gracias.

Michael Carter se vistió una gruesa lona encerada, con capucha que sujetó con un lazo por debajo de la barbilla. Después abandonó la cabina para, asiéndose a una de las cuerdas, dirigirse hacia la parte de cubierta en la que se hallaban los helicópteros. De vez en vez, las olas amenazaban derribarle, pero siempre se mantenía erguido, en un supremo alarde de voluntad.

Como un aparecido, surgió de pronto ante el soldado que, sujeto

por una maroma al tren de aterrizaje de uno de los autogiros, miró a su jefe con asombro.

—No hay novedad, mi coronel.

—Bien, muchacho. ¡Mala guardia te ha correspondido!

—Prefiero tener delante a cien japoneses que encontrarme en este cochino mar.

—Yo también. Pronto pisaremos tierra firme. Vigila bien. No podemos perder ni un solo helicóptero.

—Si advierto el menor peligro, dispararé una bengala, señor. ¡Sujétese a mí!

Michael se aferró a uno de los laterales del aparato más próximo y durante varios segundos, que le parecieron siglos, sintió como si una mano gigantesca tirara de él, pugnando por arrancarle de cubierta.

—Ya pasó. ¿Te han dicho que no habrá relevos hasta que no cese el temporal?

—Sí, señor.

—En el caso de que te encontraras agotado dispara también una bengala. La resistencia de un hombre tiene un límite.

—¡Podré aguantar!

—¡Suerte, muchacho, y abre bien los ojos!

—A la orden, mi coronel.

Arriesgándose a ser arrastrado por las olas, verdaderas montañas de agua, Michael Carter recorrió todos los puestos, dejando para último lugar la zona de cubierta que más le preocupaba: aquella en la que se hallaban los pesados camiones. Al llegar a ellos una sombra surgió de improviso a su izquierda.

—Sin novedad, señor.

Era el oficial de guardia que, atado por la cintura, permanecía a unos veinte metros del centinela.

—¿Qué hace aquí, teniente?

—Es el lugar más peligroso y el más propicio a un accidente. La moral de los hombres se eleva si ven a sus oficiales compartiendo el peligro. ¿No recuerda esas palabras, mi coronel? ¡Son tuyas!

—Sí, teniente.

—Usted corre más peligro que yo, señor. ¿Oye cómo crujen los camiones? ¡Parece que van a partirse en pedazos!

Era preciso hablar a voces para entenderse y aún así muchas de las palabras eran ahogadas por el rugido del mar.

El estruendo del temporal era formidable. A veces daba la impresión de que centenares de cañones disparaban ininterrumpidamente.

El coronel examinó una por una todas las amarras, encontrándolas en perfecto estado.

—Los marinos dicen que el agua afianza más los nudos. Según ellos podemos estar tranquilos.

—Creo que usted y yo estaremos más tranquilos cuando nos encontremos en tierra, teniente. ¿No le parece?

—Desde luego, mi coronel.

—No se exponga sin motivo. ¡Es una orden!

—Gracias, señor. El teniente coronel Gordon estuvo hace unos minutos revisando los puestos. Dijo que iba a buscarle.

Michael, sin más palabras, se apartó del oficial para penetrar en la cabina del capitán Arno, donde se hallaban Walter Gordon y Raymond Cheshire.

—Todo marcha bien, Carter —dijo el segundo jefe.

—Sí. Acabo de comprobarlo personalmente. Los muchachos están animosos, aunque maldiciendo. ¿Dónde va, Raymond?

—¡Una bengala a popa!

Los tres hombres abandonaron la cabina para dirigirse hacia el lugar en el que acababa de producirse la alarma, zona donde se hallaba la artillería y los carros de combate.

En el afán de llegar cuanto antes, abandonaron las maromas tendidas a lo largo del puente y las cubiertas y ello pudo costarles la vida. Antes de que se dieran cuenta del peligro, una masa de agua les envolvió, derribándoles.

El coronel sintió como si unas manos gigantescas le alzaran en vilo en el aire, muy cerca de la barandilla, pudiendo asirse en último extremo a una de las cuerdas.

Por un segundo creyó que los hombros iban a descoyuntársele, pero pudo mantenerse sujeto, en un formidable esfuerzo.

Al retirarse la gigantesca ola lanzó un suspiro de alivio. El teniente coronel y el comandante médico se incorporaban también.

Cuando llegaron al puesto desde el que se había disparado la

bengala vieron a un centinela inclinado sobre un hombre que sangraba por una herida en la cabeza. Fue a dar la novedad pero, arrojándose sobre el caído, gritó:

—¡Protéjanse!

Michael, Walter y Raymond vieron a pocos metros de ellos que el mar parecía vaciarse para caer sobre la cubierta. Se aferraron desesperadamente a las ruedas de los cañones y allí soportaron la tromba de agua, que pareció asfixiarles con su peso y su duración. Al fin, en pie, escucharon la novedad:

—Una ola semejante a esta que acaba de pasar le golpeó contra una de las piezas. Estaba de centinela conmigo.

—Mandaremos el relevo —dijo Gordon, cogiendo por debajo de los brazos al herido—. ¡Ayúdeme, Raymond!

Sorteando las olas, viéndose obligados a veces a arrojararse de bruces a cubierta y a agarrarse unos a otros para ofrecer mayor resistencia, pudieron llevar al herido al puesto de sanidad y considerarse a salvo. Walter Gordon salió para enviar un nuevo soldado al puesto que quedaba sin cubrir.

—¡Le ataremos sobre la camilla!

El barco se balanceaba tan peligrosamente que a veces daba la impresión de que no recobraría la estabilidad.

Entre el comandante y dos sanitarios efectuaron una cura al centinela, comprobando que la herida no era de gravedad. Una brecha en el lado izquierdo de la cabeza no podía considerarse peligrosa, salvo excepciones.

—¡Acostadle en una de las camas de la enfermería!

Mientras los sanitarios llevaban al herido, a través de una puerta interior, al camarote inmediato donde habían sido dispuestas seis camas para atender a los enfermos, Raymond comentó:

—¡Temí que el sabotaje se hubiese producido, Mike! Creo que sólo a un suicida se le ocurriría caminar por cubierta.

—A un suicida o a los que cumplen con su deber.

—Comprendo. No desprecias al enemigo.

—Jamás lo hice. Hemos de considerar a nuestros adversarios como a seres valerosos, aunque estén equivocados en sus ideas o a nosotros nos lo parezca. ¡Hace falta mucho valor o mucha ambición

para ejercer el espionaje! ¿No crees?

—Desde luego. Por fortuna, hasta ahora, todos nuestros temores son infundados. ¡Estoy deseando que amanezca para conocer la identidad de los que te atacaron!

—Yo también. Volvamos con el capitán Arno. Antes pasaremos por mi camarote para coger una botella de whisky. Creo que él también necesita un trago.

En aquel momento el suelo pareció hundirse, tan brusco fue el descenso del barco.

Cuando diez minutos más tarde, Raymond y Michael se hallaron a seguro, en la cabina de mando, respiraron con alivio.

—¿Quiere, Eric?

—No es mala idea. Tiene sus ventajas pertenecer a la Infantería de Marina. A cualquiera de mis oficiales le hubiese arrestado. ¿Le importa que beban el oficial de derrota y el piloto, coronel?

—Al contrario. Pensaba invitarles también. ¿Qué tal aguanta esta bañera?

—Bien. Por fortuna, llevamos mucha carga y eso nos favorece. Además, la tempestad no es de las peores.

—Nadie lo diría, capitán...

## CAPITULO IV

«Welcome to Japan». Tales eran los carteles que infestaban el puerto de Yokohama cuando Carter realizaba las maniobras precisas para el atraque, con ayuda de dos remolcadores.

Reinaba una extraordinaria actividad. Bloqueados los mares por la China roja, vapores de todos los países, que antes realizaban sus escalas en Shanghái y Cantón, utilizaban el puerto de Yokohama para repostar y también para dejar mercancías que en su mayor parte iban destinadas a Corea del Sur.

El importante puerto japonés era el trampolín previo para el salto a los frentes de batalla.

El bullicio en los muelles era incesante. El personal de la aduana, de nacionalidad japonesa, iba subiendo a los distintos barcos para efectuar las necesarias inspecciones.

Michael Carter, desde el puente, lo examinaba todo, aliviado por hallarse en el Japón sin haber perdido nada del valioso material que transportaba pese al temporal y a la constante amenaza de sabotajes.

—¿Satisfecho, Mike?

—Si, Raymond. Hemos llegado con veinte horas de adelanto. Consultaré con el general Barr sobre la conveniencia de dar permiso a los hombres hasta la noche.

—Ahí sube.

En efecto. El general David G. Barr, jefe de la Séptima División de Infantería, rodeado de cinco oficiales de su Estado Mayor, acababan de alcanzar el puente, dirigiéndose en línea recta hacia el coronel, que, en posición de firme, hizo el saludo reglamentario:

—Sin novedad, mi general. Tan sólo perdimos dos hombres en la tempestad. Debieron ser arrastrados por las olas.

El jefe de la Séptima División, con una sonrisa plena de cordialidad, tendió su diestra a Michael Carter:

—Hola. ¡Celebro tenerle de nuevo a mi lado!

—Gracias, general.

—Déjese de protocolos y convídmeme a una copa en su camarote.

Quiero que hablemos a solas unos minutos.

—De acuerdo. ¿Puedo hacerle una petición?

—¿Se trata de dar permiso a sus hombres para que revolucionen un poco Yokohama y Tokio?

—En efecto,

—Concedido. Pienso embarcar a mis soldados a las tres de la mañana. Que ellos regresen a esa hora. ¿Satisfecho, coronel?

—Sí, señor.

—Advierta que hay autocares a la salida del puerto por si desean trasladarse a Tokio. Amenáceles con todos los castigos imaginables si no regresan a la hora indicada.

—Ya ha oído, Raymond. Transmita la orden.

—Sí, señor.

David Barr y Michael Carter anduvieron por el puerto para, minutos más tarde, sentarse en el camarote del coronel, ante dos vasos mediados de whisky. El general preguntó:

—¿Tuvo muchas dificultades?

—Sí. Más de las previstas.

—¿Los soldados que cayeron al mar fueron sus agresores?

—En efecto. ¿Cómo sabe?

—Recibí un comunicado de Washington en tal sentido. Mala papeleta para los dos. ¿Pudo averiguar algo?

—Nada, hasta el momento. Se cree que sus nombres son falsos. El comandante Raymond va a enviar sus huellas dactilares para ver si su examen nos facilita la verdadera identificación. Los muertos tenían muchos amigos a bordo. ¡Imposible sospechar de todos!

—Comprendo. Las órdenes no han variado. Tan sólo se ignora el día que daremos el salto a Inchon. ¡Lo estoy deseando!

—Yo también, general. ¿Cómo están las cosas?

David G. Barr, alto y delgado, con facciones muy marcadas, reveladoras de energía, tardó unos segundos en responder. Cuando lo hizo había en su voz trémolos de pesimismo:

—Mal. De una de mis compañías, que llegó a Corea a mediados de julio, quedan vivos cuarenta soldados de ciento setenta. He perdido más hombres en Corea en diecinueve días que en toda la guerra del Pacífico (1). Las noticias recibidas últimamente es que se prepara la evacuación de Taegu. Aun se lucha por defender esa

ciudad. La caída de Taegu abre paso libre al enemigo hacia Fusan. Es posible que se adelante el desembarco de Inchon si ello sucede o estaremos perdidos.

—¿Siguen con la misma táctica de guerrillas?

—Se ha agudizado. Ya no hay línea de frente, sino que los tenemos por todas partes, rodeándonos. Sus comandos suicidas nos producen el mayor número de bajas.

—Pronto les barreremos, general.

—Así sea. Yo no estoy tan seguro. Hemos capturado a algunos prisioneros chinos. Nuestros aviadores hablan de concentraciones de fuerzas chinas al otro lado del río Yalú.

—No es buena perspectiva.

—Haremos lo que se pueda y un poco más. ¿Quiere pasar el día en casa, con mi familia, o prefiere...?

El general no terminó la pregunta, conocedor del carácter independiente de su interlocutor.

—Se lo agradezco, David, pero me agradecería dar una vuelta por Tokio.

—Le comprendo. Le llevaré en mi *jeep*, si lo desea.

—Tardaré en abandonar el barco, mi general. Quiero cerciorarme de que las guardias son completas. Mientras pese sobre nosotros la amenaza de un sabotaje no dormiré tranquilo.

—De acuerdo. No le esperaré. Deseó pasar el mayor tiempo posible con mi familia. Hasta las tres de la madrugada, Michael.

—Adiós, general.

David Barr abandonó el camarote acompañado por el coronel, que se despidió de su superior, junto al muelle, en rígida posición de saludo. Después, Carter se volvió a Walter Gordon:

—Imagínese que continúa la tormenta. Mantenga dobles las guardias. Deje el mando a un capitán y distráigase un poco. Lo necesita.

—Gracias.

Aún permaneció Michael cerca de media hora en el navío, revisando las medidas tomadas por el teniente coronel, mientras los soldados abandonaban con alborozo el barco.

Buscó Carter a Raymond, sin hallarle, y solo, entristecido sin saber por qué, anduvo hasta el «jeep», diciendo al chófer:

—Ve con los demás. Yo conduciré.

—¡Gracias, mi coronel!

El soldado se apresuró a alejarse, sin duda temeroso de que su jefe cambiara de opinión.

Pronto, atravesando las calles principales de la ciudad, rebosante de gentío, y en la que se alzaban modernos edificios, Michael Carter enfiló la gran autopista que enlazaba Yokohama con Tokio, ciudad construida sobre terrenos que en el siglo **XI** estaban cubiertos por las aguas del Pacífico, dirigiéndose al Taizan-Kwan, típica posada japonesa, pero desistió del primitivo propósito. La posada era un lugar demasiado lúgubre y él quería aturdirse, alejar de sí el recuerdo de Magde.

Cuando otras veces se separó de la muchacha tenía la certeza de que a su regreso iba a encontrarla en San Francisco. Ahora estaba seguro de que la había perdido y ello le acongojaba. ¡Sí! ¡Congoja era la exacta palabra!

Bordeó los jardines del palacio Imperial, residencia del emperador, para penetrar en el Club de Tokio y acomodarse en torno a una mesa, junto a un amplio ventanal desde el que se divisaban las estatuas de Inari, dios del arroz, y de Jizo, patrón de los niños y de los viajeros.

Pidió un doble de whisky. Iba a llevarse el vaso a los labios cuando en uno de los extremos, vestida con el uniforme de las fuerzas femeninas del Ejército estadounidense, distinguió a...

—¡No es posible! —dijo, poniéndose en pie con brusquedad.

El club estaba abarrotado de público y por ello Michael perdió unos minutos preciosos en aproximarse al sitio en el que le había parecido ver...

No. Su imaginación le jugaba malas pasadas. ¿Estaba de verdad enamorado de Magde? Aun a su pesar hubo de contestarse afirmativamente.

Buscó por todo el club, febril, sin resultado, hasta tropezar de pronto con...

—¡Raymond! ¡Te estuve buscando para que vinieras conmigo!

—Fui a ver al coronel Cresswell por si tenía noticias de Washington.

—¿Y...?

—Seguimos lo mismo. En tinieblas. ¿Qué haces aquí? Esto es demasiado elegante para dos soldados que quieren alegrarse. ¿No te parece?

Las pupilas de Michael chispearon con malicia.

—Creo que sí. Nuestros hombres estarán en las tabernas del puerto de Shinagawa. ¡Les gustará ver a su coronel entre ellos!

—Sí. Vayamos hacia allá.

No habían hecho más que abandonar el club cuando el comandante médico se detuvo.

—¡Espera! ¡Mira detrás de esas estatuas!

Desde la gran escalinata se divisaba el amplio parque del Club de Tokio. Al fondo, medio oculto por unas esculturas representativas de dioses japoneses, el teniente coronel Walter Gordon hablaba con un japonés.

—Podemos demorar nuestra diversión, ¿no te parece, Michael?

—Desde luego. ¡Se aleja el japonés! ¡Vayamos tras él!

—¡Aguarda! Gordon le sigue. Sin duda han concertado una entrevista en sitio más discreto.

Bordearon los jardines del Palacio Imperial y tras recorrer varias calles y avenidas cruzaron el canal que partiendo del río Sumidagawa establece un ancho cinturón en torno a la zona nueva de Tokio, para penetrar a continuación en la llamada Ciudad Antigua.

Michael y Raymond, cada uno por acera distinta, fueron siguiendo a su compañero de armas, quien, a su vez, procuraba no perder de vista al japonés con el que había hablado en el Club de Tokio.

El coronel se detuvo en seco al ver entrar a Gordon en un chalet de dos plantas. Dijo al comandante, que se le había acercado:

—¿Qué hacemos?

—Entrar también. Si nos sorprenden, lucharemos o nos fingiremos borrachos diciendo que vamos en busca de nuestro camarada de armas. Déjame la iniciativa, Mike. ¿Te importa?

—No. En absoluto. Me repugna lo que estamos haciendo.

—A mí también, pero es necesario.

Como la puerta se hallaba cerrada, rodearon el chalet, circundado por un pequeño jardín, de apenas tres metros de

anchura, al que saltaron sin dificultad por la parte contraria a la fachada. Después, Raymond Cheshire introdujo una afilada navaja en la unión de las dos cristaleras, a la altura de la falleba, maniobrando unos segundos. Al fin, el camino quedó expedido para los dos hombres, quienes saltaron al interior, a una habitación desamueblada.

—Ahora empieza lo peor —musitó el médico—. ¿Te encuentras en forma para vapulear macacos?

—No quisiera tener que recurrir a la violencia.

—Tal vez podamos evitarlo.

Llegaron al *hall*, escuchando atentamente. Unas palabras próximas les orientaron. Era la voz del teniente coronel Walter Gordon.

—¡Déjese de rodeos y dígame lo que desea! ¡Estoy harto de perder el tiempo!

Una voz chillona, que pronunciaba torpemente el inglés, respondió:

—Los occidentales son muy impetuosos. Le hemos pedido que nos entregara unos informes. ¿Los trae?

—Sí. ¡Deme de una vez la dirección de mi mujer! Es lo único que pido a cambio.

—Tome. Aquí está escrita. Entréguenos esos datos ahora. ¡Cumpla su palabra y terminemos!

—Aquí los tiene.

Raymond tocó con el codo al coronel.

—¡Entremos en esa habitación! —susurró—. Es nuestro momento.

Se acercaron sigilosos a la puerta para, abriéndola de golpe, presentarse ante Walter Gordon y el japonés.

No había nadie más en la estancia, desprovista de mobiliario.

—Lamentamos interrumpir —ironizó Michael Carter—, pero nos interesa lo que aquí se trata.

La sorpresa dejó mudos a los que se creían solos. El teniente coronel fue el primero en reaccionar:

—Ya les explicaré...

—Desde luego —le interrumpió Raymond—. Tendrá muchas cosas que decirnos. ¡Cuidado!

El japonés, con un movimiento imprevisto, acababa de empuñar una automática de grueso calibre que no llegó a usar, pues la pierna izquierda del coronel se alzó con violencia, golpeándole la muñeca.

—Coge la pistola, Raymond, y déjame a solas con este macaco. ¡Me va a decir lo que sabe y lo que no sabe! ¡No quiero testigos para mi interrogatorio!

El médico hizo lo que se le indicaba, abandonando la estancia en compañía de Walter Gordon.

Michael Carter, abriendo mucho las manos, se acercó al japonés para decirle:

—Devuélveme los papeles que acaban de entregarte. ¡Vamos! ¡Ahora mismo!

El hombre hizo lo que se le indicaba, sin resistencia, pero también sin mostrar temor.

—Ahora vas a explicarme qué juego te traes entre manos con el teniente coronel. No me obligues a vapulearte.

El japonés, sin sostener la mirada del que le interrogaba, repuso:

—Ya que me obliga a traicionar a los que me pagan, deme al menos unos minutos para pedir perdón a los dioses.

El coronel fue a reaccionar en sentido negativo, pero se contuvo. No esperaba sacar nada de aquel hombre pues era conocedor del fanatismo de la raza nipona. Apartándose unos metros, dijo:

—Dos minutos.

—¡Sobra con uno!

Cuando Michael quiso actuar ya era tarde. El oriental, que había extraído un afilado puñal que llevaba oculto entre la camisa y el pantalón, se lo hundió hasta la empuñadura en el vientre, tirando luego hacia arriba, como se acostumbra a hacer en la práctica del «hara-kiri».

—¡Los japoneses sabemos morir con honor!

Fueron sus últimas palabras antes de caer de bruces sobre el mango del puñal, sin vida.

—¡Raymond! ¡Raymond! —llamó Michael excitado, atónito ante semejante acto de barbaridad.

El comandante médico entró precipitadamente, creyendo a su

camarada en peligro. Al ver al japonés desangrándose, le examinó.

—¡Está muerto!

—Supo engañarme. Para estos fanáticos la vida no significa nada. Es un acto honorable que les lleva a presencia de sus innumerables dioses. ¡Malditos sean! Volvamos con Gordon.

—Registremosle antes.

—Ya me entregó los papeles que le dio Walter. No opuso resistencia y le imaginé acobardado.

El registro de Raymond dio por todo fruto el hallazgo de unos billetes y un puñado de monedas. Aquel hombre no llevaba documentación.

—¡Salgamos de aquí! ¡Me pondré al habla con el Servicio de Información Militar para que ellos actúen! ¡Esta casa parece deshabitada!

—Sí.

Al salir les aguardaba otra sorpresa. En el *hall* no había nadie.

—¡Gordon ha escapado!

—No importa —dijo Raymond—. Le encontraremos en el barco. Creo que le están haciendo objeto de chantaje y que para ello utilizan a su mujer. ¡Vámonos!

La puerta de la calle estaba entornada, sin duda por haberla dejado así el teniente coronel.

Ya en el exterior, anduvieron con paso rápido hacia el Club de Tokio en busca del *jeep*. Una vez en el vehículo, Michael se dirigió con rapidez a uno de los parques inmediatos, el parque Shiva, en el que se alza el templo budista de Zojoji, y sentándose en una de las mesas del bar, al aire libre, pidió:

—Para mí un doble de whisky. ¿Qué vas a tomar tú, Raymond?

—Lo mismo. Veamos esos papeles.

El estupor de los dos hombres no tuvo límites al leer una serie de disparatados informes de tipo militar. Según Gordon, la ofensiva norteamericana no se produciría hasta la próxima primavera. Las fuerzas que se dirigían a Corea iban a reforzar la cabeza de puente de Fusan para mantenerse allí hasta que la ONU decretara el envío de contingentes armados de todos los países. Añadía después datos equivocados sobre el armamento y el número de hombres que formaban el Séptimo Cuerpo de Ejército de Infantería de Marina.

—Está claro lo que Gordon pretendió —dijo Raymond—. Entregando esto ha obtenido las señas de su esposa en Corea del Norte. El imagina que la ofensiva va a ser un éxito y quiere saber dónde debe buscarla. Muy torpe. Estos datos no hubieran engañado a nuestros enemigos. Voy a dejarte un rato, Michael. Informaré al Cuartel General de lo ocurrido y me pondré en contacto con Washington.

—No tengas prisa. ¡Me emborracharé a conciencia! ¡Empiezo a necesitarlo!

El comandante médico se alejó en el *jeep* y Michael Carter dijo al camarero, que se acercaba a traerles lo solicitado:

—No se lleve la botella.

¡Luchar! ¿Para qué y para quién? Estos eran los interrogantes que el coronel Carter se dispuso a ahogar en alcohol.

(1) *Rigurosamente cierto.*

## CAPITULO V

Al desembarcar en Fusan, el coronel Carter presenci6 un espectáculo que le era familiar: el regreso del frente de una unidad de combate.

Los soldados sucios de lodo, sin afeitarse, algunos aún con los ojos desorbitados por las trágicas horas vividas, se dirigían, cansados, sin prisa, como si estuvieran muertos, a los alojamientos provisionales con el único deseo de darse un baño y cambiarse de ropa.

Pese a que muchos no tenían veintidós años, parecían viejos.

Junto a ellos, una multitud harapienta de niños y ancianos, de hombres y mujeres sin hogar, mendigaban comida o dinero... Todo el horror y la tragedia de la guerra se mostraban a los ojos del coronel.

Las filas de camillas conteniendo heridos se alineaban en el puerto en espera de ser trasladados a los buques hospital, anclados en el puerto, que apenas llenas sus camas zarpaban rumbo al Japón.

De vez en vez, una familia descalza, llevando a cuestas las pocas cosas que pudieron salvar en la retirada, se detenía en plena calle para descansar.

Por todas partes cruzaban soldados y vehículos del ejército. El confusiónismo era grande. ¡Taegu acababa de ser evacuado y el Cuartel General americano se trasladaba a Fusan!

Michael Carter, meditativo, pensó de nuevo en Walter Gordon. Como Raymond supuso, el teniente coronel se incorporó en Yokohama a su puesto para confesar la verdad: estaba siendo extorsionado en San Francisco primero y en Tokio después bajo la amenaza de dar muerte a su esposa. Aquella era la primera vez que entregaba datos, totalmente falsos, con el propósito de averiguar la dirección de sus familiares. Una vez conseguido esto, cualquiera de sus enemigos que intentara ponerse en contacto con él sería denunciado por el militar y detenido en el acto.

Hasta Raymond Cheshire, siempre receloso y desconfiado, creyó las palabras de Walter Gordon.

El viaje hasta Fusan se realizó sin incidentes. El permiso calculado para las tropas acababa de suspenderse. Aquella misma noche, el barco zarparía para unirse con las tropas de invasión, al mando del general Walker.

La actividad en el puerto era indicadora de que algo se preparaba. Numerosos buques estaban siendo cargados de material de guerra y los comentarios de los coreanos eran diversos. Mientras unos afirmaban que las tropas preparaban la retirada definitiva, otros, en cambio, sostenían que iba a realizarse en un lugar secreto un desembarco para arrojar a los comunistas al norte del paralelo 38.

La idea de entrar pronto en acción, de encontrarse de nuevo en su elemento, cara a la muerte, llenaba de gozo a Michael Carter...

\* \* \*

La mayor flota de invasión desde la batalla de Okinawa se había concentrado en el mar Amarillo, a escasas millas de Inchon.

Cuando los buques de la escuadra comenzaron el bombardeo contra el pequeño islote Wolmi, que domina la boca del puerto de Inchon, todos comprendieron que la operación era de gran envergadura.

Toneladas de explosivos iban reduciendo a polvo las instalaciones de la isla Wolmi, que los comunistas habían fortificado con cañones y nidos de ametralladora.

Desde la barcaza de desembarco, el coronel Michael miraba con los gemelos de campaña la sistemática destrucción de aquel objetivo inicial, primer paso para el asalto a la península de Corea.

Durante varias horas los cañones machacaron el pequeño espacio de terreno. Al fin, las lanchas se pusieron en marcha, formando abanico, y las primeras oleadas de combate se lanzaron al asalto mientras los cañones alargaban el fuego hacia Inchon, que, en la distancia, parecía estremecerse ante las explosiones.

Mike fue el primero en saltar al islote. Eran las seis y veinticinco de la madrugada del 15 de setiembre de 1951.

—¡Adelante, muchachos!

Una ametralladora ladró a escasa distancia de los que desembarcaban y varios de los que rodeaban al coronel cayeron segados por el plomo.

Encorvados para ofrecer el menor blanco, los infantes de marina avanzaron con rapidez, superando la leve pendiente que separaba la playa de la isla.

Espiraban los soldados una tenaz resistencia, pese al duro castigo artillero de la Armada, pero, con gran sorpresa de Michael, sólo una ametralladora continuaba haciendo fuego desde un fortín de cemento, de cara a la playa.

Michael, protegido detrás de uno de los postes de cemento emplazados en las rocas para dificultar el desembarco de los carros, volvióse a su izquierda, al teniente coronel Gordon.

—¡Que los muchachos no ataquen de frente! Una sección debe hostigar a los que aún resisten mientras otro flanquea el objetivo. Que utilicen «rosarios» de bombas,

—A la orden.

Desde su puesto de observación, el coronel vigilaba las maniobras de sus hombres. Lejanas, en Inchon, seguían escuchándose las explosiones de la artillería, que pulverizaban la ciudad.

Un lanzallamas surgió de pronto por la boca del fortín y una sección quedó abrasada por el fuego, mientras el olor a carne quemada se mezclaba con el de la pólvora.

Fue Michael a ordenar que sus hombres se cubrieran cuando un soldado, rastreando, comenzó a aproximarse al fortín. Las balas silueteaban su figura.

—¡Atrás! —gritó el coronel.

Pero el hombre, o no le escuchaba, o no quería obedecerle, porque continuó avanzando hasta situarse a unos seis metros de sus enemigos. Su mano derecha se alzó en el aire y una granada fue a explotar en la misma tronera, seguida de otras dos que penetraron en el interior del reducto enemigo.

Se hizo el silencio. Nadie disparaba. Seis hombres que habían bordeado el fortín, situáronse a ambos lados y nuevas bombas de mano cayeron en el interior, estallando con estruendo.

Michael se puso en pie, aproximándose al que, con su heroísmo, quizá había evitado numerosas muertes.

Halló al soldado intentando incorporarse, con dos anchos boquetes en el vientre.

—A sus órdenes, coronel. ¿He ganado de nuevo mis galones de sargento?

No pudo decir más. Sus ojos se desencajaron y quedó inmóvil.

Carter, que había reconocido al sargento Vicent Canonge, degradado por él a cabo durante la travesía de San Francisco a Yokohama, sintió que algo se cerraba en torno a su garganta, impidiéndole la respiración. ¡El era responsable de la muerte de aquel hombre, del acto de suicida heroísmo! Dijo a un capitán, que se hallaba a su izquierda:

—No olvide comunicar al Alto Mando que Vicent Canonge ha sido ascendido por mí a teniente en el campo de batalla y propóngale al general para la medalla de Servicios Distinguidos.

Aislados, escuchábanse algunos disparos en la isla. Los infantes de Marina iban limpiando de enemigos las pocas edificaciones que no fueron alcanzadas por el fuego artillero.

No había lugar para sentimentalismos. El coronel se unió a los oficiales de su Estado Mayor para dar las últimas instrucciones.

Treinta y cinco minutos más tarde, a las siete en punto de la mañana, en la isla de Wolmi ondeaba la bandera de los Estados Unidos.

Medio centenar de norcoreanos, heridos o paralizados por el terror, fueron hechos prisioneros. Por todas partes, cadáveres horriblemente mutilados, destrucción, muerte.

El recuento de bajas fue de diecisiete hombres. Quedaba lo más difícil por realizar. El asalto a Inchon.

En la orden del día, el general Mac Arthur, que observó el desembarco a Wolmi, escribió:

«Nunca se portaron mejor que hoy la Armada y los soldados de Marina.»

\* \* \*

Mientras esperaban a que las mareas se mostrasen favorables para la segunda parte de la invasión, Michael Carter, en compañía de su ayudante, el comandante Raymond, relevado por el Alto Mando de problemas sanitarios al iniciarse el desembarco en virtud de su nombramiento de jefe del Servicio de Contraespionaje en Corea, miraba preocupado la gran muralla que rodeaba el puerto, deshecha en gran parte por los proyectiles de la

artillería, pero aún en condiciones de ofrecer puntos claves de resistencia.

De Inchon surgían columnas de humo reveladoras de que parte de la ciudad estaba ardiendo.

Oleadas sucesivas de aviones completaban la acción artillera, descargando toneladas de bombas explosivas e incendiarias.

A las cinco de la tarde, contraídos los rostros, las manos crispadas en torno a las armas, los soldados llenaron de nuevo las lanchas de desembarco.

El fuego de la artillería y de la aviación cesaron por completo y un silencio de muerte cayó sobre la playa y el puerto de Inchon. Se avecinaba el gran momento. Del éxito o el fracaso de la ofensiva dependía la guerra de Corea.

Entre los hombres corrió el rumor de que fuerzas de la primera División de Marina habían conquistado el aeropuerto de Kimpo, al sur de Seúl, el mejor campo de aviación de Corea, en una maniobra audaz y sangrienta. Los abastecimientos por aire estaban garantizados. Sólo restaba abrir una amplia cabeza de puente en Inchon e internarse hacia el Norte para cortar la retirada a las fuerzas comunistas.

La mano derecha del coronel se alzó y las barcasas iniciaron el avance.

Esperaban un fuerte fuego artillero enemigo sobre las lanchas de desembarco, pero éste no se produjo, con gran asombro de Michael, quien, como en él era costumbre, fue el primero en alcanzar la playa, con el agua al pecho.

Ni un disparo saludó la presencia de los infantes de Marina, quienes, atónitos, recelosos, atravesaron los restos de la gran muralla que protegía por el mar la ciudad, penetrando en la población.(2)

Convocados por el general Walker, los jefes de las distintas unidades escucharon las órdenes:

—Las fuerzas de asalto deben dirigirse hacia Seúl, precavidas a los ataques de las guerrillas. Los norcoreanos han desistido de ofrecer batalla a un enemigo que saben superior en hombres y en moral. Proyectan una resistencia desesperada en Seúl y mientras tanto hostigarán a las tropas durante el avance con su táctica favorita de emboscadas. Feliciten a las fuerzas a sus órdenes.

¡Pronto barreremos al enemigo del sur de Corea! ¡Eso es todo! Ya conocen las instrucciones para cada unidad. No han variado, salvo en el más rápido avance hacia Seúl. Cada hora mantendrán contacto con radio con el Cuartel General, salvo novedades imprevistas. ¿Alguna duda?

Nadie hizo la menor pregunta. No era necesario. Lo que imaginaban sangriento desembarco estaba resultando un paseo militar.

La ancha carretera de Inchon a Seúl estaba alfombrada de cadáveres de soldados norcoreanos.

Por dos veces, el *jeep* que conducía al coronel Carter hubo de detenerse para que el conductor apartara cuerpos muertos que obstaculizaban el camino.

A ambos lados de la carretera, las columnas avanzaban bajo la vigilancia de los oficiales, que habían recibido la orden de impedir que ninguna de las secciones se rezagara en la marcha. Era preciso llegar cuanto antes a Seúl y reconquistar la capital de Corea del Sur.

Carter, que iba sentado junto al conductor, según costumbre, advirtió que algo marchaba mal en el motor del *jeep*.

—¿Qué sucede, Henry?

—Me gustaría echarle un vistazo al carburador, mi coronel.

—Hazlo. Tenemos tiempo. Está anocheciendo, pero puedes aprovechar las últimas luces de la tarde.

Michael, apeándose, encendió un cigarrillo, mientras paseaba por la carretera. Quince minutos después, sus unidades le flanqueaban en su caminar hacia la capital de Corea del Sur. Walter Gordon y Raymond Cheshire se le acercaron.

—¿Una avería? —preguntó el teniente coronel—. ¿Quiere que pida por radio otro *jeep*?

Michael Carter se volvió a su chófer, que manipulaba en el motor.

—¿Oyes, Henry? Me preguntan si necesitaremos otro vehículo.

—No, señor. Terminaré antes de diez minutos.

—Ya han oído. Reúnanse con los demás.

—Le dejaremos un par de secciones de escolta, Michael. Los caminos pueden volverse peligrosos.

—No es necesario. Llevamos dos metralletas y municiones

suficientes en el *jeep*. En seguida les alcanzaremos.

Raymond fue a intervenir, pero una mirada del coronel le hizo enmudecer. Tan sólo dijo:

—¿Puedo quedarme contigo?

—No. Ve con Gordon y los demás. Si se presenta cualquier contingencia, los muchachos necesitarán de todos sus oficiales.

Cuando el *jeep* en el que viajaban Gordon y Cheshire se perdió a lo lejos, entre un remolino de polvo, y el coronel y su chófer quedaron solos en la carretera, percibiéronse, lejanos, disparos de metralleta y fusil.

Las sombras se espesaban por momentos. Michael se reprochó no haber aceptado la escolta. Los norcoreanos acostumbraban a tender de noche sus emboscadas y estarían vigilando la carretera por ser laruta más directa para el aprovisionamiento de las tropas que cercaban ya Seúl.

Transcurrieron los minutos. El silencio era roto de vez en vez por el mosconeo de la Aviación, que realizaba vuelos incesantes de Fusan al aeropuerto de Kimpo, por el muy lejano tronar de los cañones y por lo que más inquietaba al coronel: los disparos de armas cortas que continuaban escuchándose con leves interrupciones.

—Estoy terminando, señor.

—No tenemos prisa, Henry.

—Yo, sí, mi coronel. Empiezan a actuar los norcoreanos. Les gusta atacar en la oscuridad, como a las lechuzas. ¡Ya está!

En la exclamación del soldado había también un suspiro de alivio. Michael, subiendo de nuevo al vehículo, puso una metralleta sobre sus rodillas, mientras preguntaba:

—¿Tienes miedo?

—Estar a su lado me tranquiliza, pero pienso que todo está resultando demasiado sencillo. Parece como si al enemigo se le hubiera tragado la tierra.

—Aparecerá cuando menos lo esperemos. No enciendas los faros. Seríamos un blanco demasiado bueno.

Ya era noche cerrada cuando reemprendieron la marcha. De vez en vez, las ruedas del *jeep* saltaban un obstáculo que era fácil imaginar: un cadáver en medio de la carretera.

Los disparos seguían escuchándose, con mayor nitidez.

—¡Para! ¡Mira a la derecha!

Una bengala de socorro se alzaba en el aire, a unos quinientos metros.

—Alguien necesita ayuda, señor.

—¡Vamos a prestársela! Echa fuera el *jeep* para dejar paso por si vinieran tanques o camiones detrás de nosotros.

Henry obedeció para, después, tomando un macuto cargado de granadas de mano y una metralleta, correr detrás de su jefe, que se dirigía en línea recta hacia el lugar donde, sin duda, se estaba desarrollando una pequeña batalla, a juzgar por los frecuentes disparos.

Carter corría velozmente, sin pensar que quizá el campo estuviese sembrado de minas, como era habitual en el territorio que el enemigo abandonaba. A unos veinte metros del sitio en el que se desarrollaba el combate se arrojó a tierra. Henry lo hizo a su lado.

—¿No será una trampa, mi coronel?

—No. Esas bengalas sólo las utiliza la Infantería de Marina. Hay compañeros nuestros en peligro. Sólo nos falta saber desde dónde son atacados. No sería agradable que nos metiéramos entre dos fuegos.

—No, señor.

Reptando, con el máximo de precauciones, Carter y Henry fueron acercándose a unas rocas desde las que se disparaba intensamente, a juzgar por los fogonazos. ¿Estarían allí parapetados los norteamericanos o el enemigo? La respuesta se la dio una tercera bengala, seguida de una descarga cerrada hecha desde el lado opuesto al lugar que ocupaban Michael y Henry.

—Tenemos suerte —dijo el coronel—. Este sector se encuentra libre.

Los proyectiles silbaban como funestos abejorros. Carter, temeroso de que sus propios camaradas le matasen, continuó arrastrándose hacia las rocas. Al llegar a una docena de metros de distancia, gritó:

—¡No disparéis! ¡Somos americanos! ¡Somos americanos! ¡Contestad!

—Seáis bien venidos. Estábamos agotando ya la munición —

repuso una voz que el coronel pudo escuchar no sin dificultad, tan intenso era el fuego.

Encorvados, Carter y Henry atravesaron la escasa distancia que les separaba de las rocas y fueron recibidos por un teniente de la Infantería de Marina, que herido en el brazo izquierdo, quiso incorporarse al advertir la graduación del que llegaba:

—A sus órdenes, señor.

—¡Quieto, teniente! ¿Qué le ocurre? ¿No sabe que tiene libre la retirada hasta la carretera?

—No me molesté en averiguarlo, señor. De mi patrulla, sólo dos hombres y yo quedamos ilesos. Hay quince heridos a los que no pensamos abandonar para que los rematen los comunistas. ¿Dónde están sus fuerzas?

—Camino de Seúl, teniente. Mi chófer y yo vimos sus bengalas y vinimos a ayudarles.

—Hicieron mal, mi coronel. Tenemos frente a nosotros, a juzgar por el fuego que nos hacen, más de cincuenta norcoreanos.

—¿Cómo les sorprendieron?

—Limpiábamos de minas este sector para que pudieran atravesarlo los carros sin peligro, y nos atacaron por sorpresa hace apenas media hora. Cuando quisimos replegarnos a estas rocas, ya había perdido la mayor parte de los hombres. Pudimos arrastrar a los heridos y parapetarnos en espera de ayuda. Con nosotros están también un oficial médico y una enfermera, que se dirigen a Seúl.

—¿Le quedan bengalas?

—Todavía diez, señor.

—Dispárelas con intervalos de cinco minutos. Mientras tanto, aguantaremos aquí.

—¡Atacan, mi coronel!

Era Henry el que había gritado. Varias sombras se alzaban a corta distancia. Michael, con la metralleta a la altura del vientre, en pie, disparó ráfaga tras ráfaga mientras su chófer arrojaba ininterrumpidamente granadas de mano.

Fueron unos minutos de infierno. Dos bombas estallaron sobre una de las rocas inmediatas. Los trozos de piedra y metralla silbaron en todas direcciones. Michael notó un choque en la frente y como algo viscoso se deslizaba por su rostro, pero, sin agacharse,

buscando la mayor eficacia en los disparos, siguió apretando el galillo con ciega furia, ajeno a lo que no fuera producir la mayor mortandad.

Viendo doblarse ante él las sombras de los que atacaban, Michael Carter experimentaba el gozo del soldado profesional que se encuentra en plena batalla.

—¡Dispáreles una bengala, teniente! Esa luz nos será útil para ver cuántos son nuestros enemigos y les desorientará.

El oficial obedeció con prontitud. Al verse iluminados tan directamente, los norcoreanos, casi un centenar, se replegaron, acusando el duro castigo recibido.

—¡Alto el fuego! —gritó el coronel— ¡No se debe disparar más que sobre seguro! ¡El ruido no molesta al enemigo! Creí oír antes que andaban mal de municiones, teniente.

—Sí. Sólo tengo tres cargadores y los dos hombres que me quedan deben de estar casi como yo.

—Sólo vive uno —dijo Henry—. El otro ha caído con la cabeza destrozada.

—No seamos pesimistas —dijo el coronel—. Tenemos balas suficientes para dar una lección a esos piojosos. ¡Estamos muy cerca de la carretera y vendrán en nuestra ayuda! ¡Podremos aguantar! ¡En último extremo, frente a nosotros, hay armas y proyectiles! ¡Saldremos a apoderarnos de las de los enemigos!

—Sí, señor. ¡Está herido!

—Un rasguño en la frente. No tiene importancia.

—¡Enfermera! No se preocupe, coronel. Mientras le curan estaremos alerta.

Una mujer se acercó a Carter para, situándose a su izquierda, limpiar con una gasa la sangre que manchaba el rostro del que, sin mirar a la enfermera, preguntó:

—¿Cómo están los heridos? —al no obtener respuesta, insistió, más autoritario—: ¡Le he hecho una pregunta, señorita! ¿Es usted muda? —nuevo silencio—. ¡Hable de una vez o váyase al diablo!

Tampoco obtuvo réplica alguna. Con más desconcierto que ira, Michael la tomó por los hombros, acercando mucho su cara a la de la mujer. Su asombro fue grande al reconocer a...

—¡Magde! ¿Tú aquí?

—Sí, y en compañía del diablo. ¡No ha mejorado tu carácter!

Desconcertado por el inesperado encuentro, el coronel balbució más que dijo:

—Entonces... No fue una alucinación cuando creí verte en el Club de Tokio.

—Me escapé para que no me encontraras. Tienes apenas un rasguño. Bastará con un esparadrapo. Reconocí tu voz cuando hablabas con el teniente.

—¿Por qué no te acercaste?

—Confiaba en pasar inadvertida. Lo nuestro ha terminado. Te lo dije en San Francisco. Cuando me alisté en el ejército, no esperaba que me enviaran a Corea.

—¿Tan malos recuerdos tienes, Magde?

—No son todo lo buenos que desearía. Te has metido en una encerrona. ¡No saldremos vivos!

—Yo pienso lo contrario. Recibiremos ayuda. Otros serán las bengalas, como me sucedió a mí.

—Tendrán que darse prisa. ¿Oyes? ¡Se lanzan otra vez al ataque! ¡Espera un segundo aún! Ya termino.

Magdeleine Rivers colocó la cinta adhesiva sobre la frente del coronel, quien pudo escuchar, con un estremecimiento, los gritos de los norcoreanos al disponerse al asalto.

—¡Ve con los heridos y protégete! ¡Ahora tengo un doble motivo para luchar!

Con la metralleta empuñada, el coronel se acercó al teniente, que acababa de disparar una nueva bengala en demanda de socorro.

—¡Vuelven, señor!

—¡Les rechazaremos! Henry, ocúpate de las granadas, pero no las arrojes hasta no tener la certeza de que caerán en el sitio deseado.

—Sí, mi coronel.

De rodillas detrás de uno de los peñascos, Michael ordenó:

—¡Que nadie dispare hasta no estar seguro de aceitar! ¡Preparados! ¡Ahora!

Mientras hacía fuego con ciega furia, el coronel vio doblarse a la primera oleada de enemigos. La noche se iluminó con los

estallidos de las bombas de mano que Henry, sistemáticamente, sin nervios, cual si se hallara en unas maniobras, iba lanzando a los sitios precisos, allí donde la masa de atacantes era más compacta.

Carter sintió una metralleta a su lado y supuso que el teniente se le acercó para hacer más denso el fuego.

Tras unos minutos, los norcoreanos tornaron a replegarse, desordenadamente, pero Michael estaba seguro de que no tardarían en atacar de nuevo, seguros de la superioridad numérica y deseosos de terminar con ellos antes de que pudieran llegarles refuerzos.

—Nos dan un respiro. Aún nos quedan municiones para rechazarles un par de veces. Después, tendremos que saltar y apoderarnos de las armas de los muertos si queremos seguir con vida. ¿Qué tal, teniente?

—El teniente se encuentra definitivamente bien —repuso una voz de mujer—. ¡Ha muerto!

—¡Magde! ¡Te ordené...!

Al volverse vio que ella empuñaba una metralleta.

—Vi caer al oficial y ocupé su puesto.

—¿No pudo hacerlo el médico que te acompaña?

—También cayó. No quise decírselo al teniente para no desmoralizarle.

—Quedamos cuatro con vida.

—Tres, señor. El otro soldado tampoco existe. ¿Por qué no nos replegamos en dirección a la carretera?... Perdone, mi coronel. No quise...

—Perdonado, Henry. ¡Soy el único que da las órdenes! Si tienes miedo, te autorizo a marcharte.

—¡Mi coronel!... Me lo tengo merecido. Sabe que moriré a su lado.

—Toma la pistola de señales y dispara tres cargas seguidas. A continuación lanzarán un ataque contra nosotros.

—¿Qué te propones, Mike?

—Ahora lo verás. Necesitamos municiones y ellos las tienen. Salir a campo abierto a buscarlas es muy peligroso. Haremos que nos las traigan a domicilio. Repleguémonos, Magde, dejando la primera línea de rocas sin defensa. Tú, Henry, haz lo que te he dicho y reúnete rápidamente con nosotros.

Como el coronel imaginaba, apenas las tres bengalas surcaron el aire, sus enemigos, chillando desaforadamente, volvieron al asalto, mientras disparaban sus armas automáticas. Tan grande era el estruendo que formaban que no advirtieron la falta de resistencia hasta no trasponer los peñascos y hallarse en el lugar ocupado hasta entonces por los americanos.

—¡Fuego! —gritó Michael.

Dos «rosarios» de bombas cayeron a los pies de los norcoreanos, mientras las metralletas que empuñaban Magde y el coronel sembraban la muerte y la destrucción.

En unos segundos, el grupo que había conquistado la posición quedó destrozado, obstaculizando con sus cuerpos el avance de sus compañeros. Michael Carter, aprovechando el estupor de quienes creyeron haber vencido, saltó hacia las posiciones que abandonara, disparando ráfaga tras ráfaga con mortífero acierto hasta que los asaltantes retrocedieron de nuevo, desordenadamente, seguidos por las granadas que Henry continuaba arrojando con gran pericia.

—Tendremos un rato de tranquilidad, Magde. ¿No te parece?

—¡Es horrible, Mike! ¡Qué matanza tan espantosa!

Más de veinte norcoreanos habían caído en el interior de la posición y se hallaban alfombrando el suelo, en trágicas posturas. La mujer, instintivamente, se aproximó a Michael, mientras repetía:

—¡Dios mío, qué horror!

—Tranquilízate —repuso él, acariciando los femeninos cabellos—. La guerra es sucia y asquerosa, pero impone sus leyes. ¿Sabes cuál es la ley fundamental? ¡Matar!

Michael Carter se sintió invadido por una ternura no experimentada hasta entonces al notar tan cerca de él a Magdeleine. ¿Qué le ocurría? Muchas veces la tuvo entre sus brazos, apasionadamente, y, sin embargo, le daba la sensación de que acababa de descubrirla, de que era una mujer nueva.

Tuvo miedo por ella y, reprochándose haberse dejado vencer por el sentimentalismo en momentos tan graves, la apartó de sí, mientras le asaltaba una idea. ¡Era preciso que sacase a Magde de aquel infierno!

—Henry...

—Diga, señor.

—Vas a intentar alcanzar el *jeep* e ir en busca de ayuda.

—Pero...

—¡Es una orden! La señorita te acompañará.

—No, Mike —dijo ella—. Henry puede marcharse a pedir auxilio. Yo me quedo. Este es mi puesto.

—¡Tú te irás también! No pierdas tiempo, Henry. De vuestra rapidez puede depender mi vida.

—Es inútil. ¡No insistas!

Inesperadamente, el puño del coronel golpeó con no demasiada fuerza la mandíbula de Magde, privándola del sentido.

—¡Carga con ella, Henry, y lárgate! Yo dispararé para cubriros la retirada.

—De acuerdo. En el macuto quedan tres «rosarios» de granadas y...

—No te preocupes. ¡Vuelve pronto!

—¡Volveré, mi coronel!

Michael, parapetado, lanzó varias ráfagas con el propósito de atraer hacia él la atención de sus enemigos. Después, tensos los nervios, sintiendo que una tenaza de angustia oprimía su garganta, escuchó. Transcurrieron unos minutos sin que ningún disparo turbara el silencio y respiró con alivio. Henry y Magde se habían alejado ya de la zona peligrosa.

¿Por qué no huir?

Rechazó la idea como una mala tentación. Aquel teniente que yacía muerto no quiso retirarse para no abandonar a los heridos. ¿Iba a ser él más cobarde?

No ignoraba la crueldad de los norcoreanos.

«No podré aguantar yo solo un nuevo ataque —se dijo—. ¿Quién se enterará si abandono este matadero? ¿Quién podrá reprochármelo?»

Pero los pies de Michael Carter permanecían como clavados en la tierra mientras sus manos empuñaban, febriles, la metralleta...

(2) Rigurosamente histórico

## CAPITULO VI

Ya en la carretera, al depositarla en el *jeep*, Magdeleine Rivers recobró el sentido. Al recordar, exclamó:

—¡Volvamos con él! ¡No debemos dejarle solo!

Quiso saltar del vehículo, pero Henry, que la vigilaba temiendo tal reacción, la sujetó con fuerza del brazo.

—¡Quieta o tendré que golpearla también! ¡No perdamos tiempo! ¿Sabe conducir?

—Sí.

—Entonces..., ¡ocupe mi sitio y láncese a toda marcha hasta encontrar alguna de nuestras unidades! Dígales lo que ocurre.

—¿Y usted?

—¡Yo vuelvo con el coronel! ¡Quiero verla partir! Henry no tuvo que aguardar mucho. Magde, comprendiendo lo que de ella se pretendía, puso en marcha el *jeep*, pisando a fondo el acelerador, mientras el soldado reemprendía su camino hacia la posición defendida por un solo hombre, por un hombre valeroso y enérgico que era casi una leyenda en la Infantería de Marina...

—No debiste regresar, Henry. ¡Ella sola corre peligro en la carretera!

—No tardará en alcanzar la retaguardia de nuestras unidades. A usted y a mí nos toca lo peor. ¡Buen montón de granadas!

—Sí. Disponemos cada uno de siete metralletas repletas de municiones. Si se lanzan a un nuevo ataque encontrarán la horma de su zapato. Procura no arriesgarte innecesariamente.

—¿Puedo pedirle lo mismo, mi coronel?

Michael, conmovido por el afecto y la lealtad de aquel hombre, repuso:

—Puedes. Permanezcamos, atentos. Tal vez pretendan sorprendernos por la espalda. No les considero tan suicidas como para repetir el ataque como las veces anteriores.

Distanciados unos metros, cubriendo dos flancos, Michael Carter y Henry avizoraban las sombras de la noche. Fue el coronel el primero en divisar algo que se movía, arrastrándose, e hizo fuego.

Un alarido de angustia se alzó en las tinieblas mientras varios soldados enemigos, poniéndose en pie, retrocedían apresurados. Henry pudo abatir a dos de ellos.

Una granizada de balas cayó sobre la posición, tan precariamente defendida. Los proyectiles, desviados a veces al chocar contra las rocas, tomaban imprevisibles trayectorias.

—Mientras disparen a distancia, podremos salvarnos —dijo el coronel en alta voz.

—Yo tengo la culpa de que estemos aquí, mi coronel. No debí empeñarme en reparar la avería.

—Por fortuna sucedió así, al menos para Magde... Bueno, para esa enfermera.

—¿No le he dicho que tuve que amenazarla para que no regresara? ¡Quería morir a su lado! ¡Es muy hermosa, mi coronel!

—Y yo, hasta hoy, muy torpe. Quizá he comprendido la verdad cuando es demasiado tarde.

—Para la verdad nunca es demasiado tarde, señor.

—Quisiera creerlo.

Mientras hablaban, los dos hombres disparaban de vez en vez, sólo para dar testimonio de su presencia a los enemigos.

—¿Me permite una pregunta, mi coronel?

—Sí.

—¿Conocía usted a esa chica de antes de venir a Corea?

—Sí. Hace cinco años.

—¿Y aún no se ha casado con ella?

Ronca la voz, Michael repuso, tras una breve pausa: —No.

—Hizo mal. Puede cansarse y dejarle plantado. Es difícil encontrar mujeres así. Hace años yo... ¡Cuidado, señor!

Tres hombres, que se acercaron al reducto sin ser advertidos, acababan de saltar al interior. Carter, volviéndose a ellos, oprimió el gatillo con ciega furia mientras un cuarto enemigo le saltaba por la espalda.

Contorsionándose de forma increíble, Michael pudo evitar ser apuñalado por el que, en el suelo, se incorporaba, lanzándose de nuevo al ataque.

El puño del coronel cayó como una maza sobre el cráneo del norcoreano, que crujió extrañamente, con un sonido seco que hizo

estremecerse a Henry, que había presenciado la escena sin tiempo para intervenir.

Varias sombras se alzaron a corta distancia, para ser segadas por el plomo.

De nuevo se hizo el silencio.

—No debemos volver a distraernos, Henry. ¡Eres un charlatán!

—Sí, señor.

Transcurrieron los minutos, largos, monótonos, angustiosos. A los dos hombres les dolían los ojos de fijarlos en las tinieblas. A la menor sospecha, una granada o una ráfaga de metralleta rasgaban el silencio.

De pronto, comenzaron a dispararles frenéticamente. Era un verdadero diluvio de proyectiles.

—¡Van a atacar, Henry! ¡Demostremos cómo mueren dos infantes de Marina! ¡Ya empiezan con sus aullidos de fieras rabiosas! ¡No dispaes hasta que no dé la orden!

Los gritos de los norcoreanos se clavaban en los tímpanos de Henry y Michael como mensajeros de muerte. ¡Aquel era el final! Un final estúpido en una de las muchas batallas anónimas que se libraban en Corea contra las guerrillas comunistas...

\* \* \*

Aún sabiendo el peligro a que se exponía, Magdeleine, con los faros encendidos, avanzaba con la mayor rapidez posible por la carretera, salpicada de peligrosos obstáculos.

Fueron incontables las veces que las ruedas saltaron sobre cadáveres, pero la muchacha, prietos los labios en un gesto de desesperación, parecía no advertir los riesgos...

\* \* \*

Ya divisaban claramente a los que, desplegados en semicírculo, avanzaban con rapidez sin dejar de hacer fuego. Michael comprendió que les sería imposible cubrir con dos ametralladoras a todos sus enemigos. No obstante, se dispuso a vender cara su vida.

—¡Preparado!

No llegó a dar la orden de fuego. Con gran sorpresa, Carter y Henry vieron cómo los atacantes se doblaban

y caían a tierra. Tardaron unos segundos en comprender...

—¡Son los nuestros, mi coronel! ¡Les están zurrando por el

flanco izquierdo!

—¡No dispaes! Podemos herirles.

Minutos más tarde, los escasos supervivientes norcoreanos se replegaban en desorden, buscando la salvación en la huida.

Raymond Cheshire, que portaba una metralleta, fue el primero en penetrar en el círculo formado por las rocas, mientras exclamaba, al ver a Michael en pie:

—¡Gracias a Dios que llegamos a tiempo!

—En el último segundo —respondió el coronel—. ¿Y Magde?

—Siguió hasta Seúl, a incorporarse al hospital de vanguardia. Ella...

—No me digas nada, Raymond. He comprendido muchas cosas. ¿Traéis sanitarios?

—No tardarán en presentarse. Al pasar el tiempo sin que te reunieses con nosotros, decidí regresar a buscarte. Entonces encontré a Magde y, por radio, pedí que una compañía se desplazara hasta aquí en un par de camiones. ¡Escapaste de milagro!

—Sí. Gracias a Magde y a ti.

—Reunámonos con la columna.

Cuando una hora más tarde el coronel Michael Carter avanzaba de nuevo a la cabeza de sus hombres, le pareció mentira seguir con vida. Le obsesionaba una idea: encontrar a Magde para decirle todo lo que rebosaba en su corazón...

\* \* \*

«Seúl se convertirá en un nuevo Stalingrado...». Tal era la consigna dada a sus soldados por el mando enemigo.

El 22 de setiembre, las fuerzas americanas, bajo un terrible fuego de la artillería enemiga, se lanzaron al asalto de la capital de Corea del Sur, convertida en una gigantesca hoguera, destrozada por el feroz bombardeo preparatorio al ataque.

Michael Carter, al frente de sus hombres, no tardó en comprender que en Seúl los norcoreanos se jugaban una baza decisiva en la guerra, por lo que habían acumulado allí numerosas divisiones, gran potencial artillero y sus más modernos carros de combate.

El río Han, baluarte natural para la conquista de Seúl por su

parte occidental, ofreció a los comunistas un nuevo punto clave de resistencia. Al Séptimo de Infantería de Marina, con su invencible jefe, le asignaron la dura labor de atravesar el río y tomar las colinas de las afueras de la capital.

Las aguas del Han bajaban tintas en sangre cuando Michael Carter y sus hombres, unas veces utilizando puentes de barcasas y otras a nado, con las armas atadas sobre los hombros, alcanzaron la orilla opuesta para encontrarse con un enemigo fanático y valeroso que, a punta de bayoneta, lanzaba contraataques suicidas.

Michael Carter, siempre en el puesto de mayor peligro, notaba que sus manos le abrasaban al contacto con la metralleta, con la que no cesaba de disparar, mientras, como un coloso, hendía las filas enemigas, sembrando la muerte a su paso.

Por dos veces, hubieron de retroceder hasta la misma orilla conquistada. Las luchas cuerpo a cuerpo eran continuas, entre juramentos y gritos de agonía.

Los infantes de Marina, desplegados, lanzáronse de nuevo al ataque, convertidos no ya en soldados sino en fieras sedientas de sangre, en locos homicidas con una única obsesión: matar.

Las pérdidas de las tropas del coronel Carter eran aterradoras. Los hombres caían segados por el plomo, como guiñapos sanguinolentos, pero otros combatientes ocupaban sus puestos.

Michael fue el primero en llegar a las estribaciones de South Hill, la colina cuyo nombre había de hacerse famoso en la historia de la guerra de Corea y el baluarte más fuerte de los comunistas.

A unos veinte metros de donde se hallaba, la artillería enemiga había formado un fuego de barrera imposible de atravesar. Los proyectiles, con matemática precisión, machacaban cada palmo de terreno.

Walter Gordon, reptando, se acercó a su jefe.

—Sin novedad en el ala izquierda. Perdimos más del cincuenta por ciento de los hombres.

—Otro tanto ocurre aquí, pero hemos de llegar a la cima aunque sea lo último que hagamos en este mundo. ¿Se tienen noticias de las restantes unidades?

—Se lucha palmo a palmo y casa por casa en la ciudad, en medio de terribles pérdidas.

—¿Cuál es la moral de sus hombres?

—¡De victoria, coronel! ¡Llegaremos a South Hill al amanecer, si usted nos lo ordena!

—Se lo ordeno. ¡No se haga matar, Walter! Su mujer le espera al otro lado del paralelo 38. No lo olvide.

—Gracias, Michael.

—Llámeme Mike. Hasta ahora nos ha distanciado no sé el qué. Tal vez haya tenido yo la culpa. ¡Quiero ser tu amigo! ¿No te importa?

—¡Lo estaba deseando, Mike!

Los dos hombres se estrecharon las manos con fuerza, mirándose a los ojos, indiferentes a las granadas que les cercaban.

—¡Vuelve con los tuyos, Walter! ¡Quiero verte vivo en lo alto!

—¡Yo también a ti!

Raymond Cheshire que, a la derecha de Carter había escuchado el diálogo, dijo:

—¡Bravo! Creo que ya empiezas a tener sicología de general. ¿Nos lanzamos ya?

—No. Di a los hombres que se parapeten bien. Hay que concederles un descanso para que no les fallen las fuerzas a última hora. De paso confiaremos al enemigo, haciéndole pensar que desistimos por esta noche de atacar sus posiciones. Que transmitan la orden.

Desde donde Michael se hallaba, divisábase parte de la ciudad en la que los incendios iluminaban las tinieblas como si fuese de día. ¡Rojos soles de muerte y de destrucción! ¡Pira gigantesca alimentada por el odio de los hombres!

Según su costumbre, indiferente al peligro, siempre seguido de Raymond y de Henry, que portaba la radio de campaña, el coronel revisó las líneas, interesándose por los heridos, dando órdenes concretas a los oficiales.

Desde su puesto de mando, el más avanzado, miró su reloj de pulsera. Eran las cuatro de la madrugada.

—¡Antes del amanecer estaremos arriba, Raymond!

—¿Saltamos ya?

—Lo haremos dentro de unos minutos. Parece que cesa el fuego de barrera. Sin duda, están seguros de que no seremos tan suicidas

como para trepar a ese monte después de las graves pérdidas que hemos padecido.

—Sí. Es posible, pero apenas nos lancemos nos abrasarán.

—Ya cuento con ello. Henry...

—¡A la orden, señor!

—Ponme con el general Walker.

El soldado comenzó a llamar:

—Coronel Carter desea hablar con el general Walker... Coronel Carter llama al general Walker... ¡El general al habla, señor!

—Hola, Michael. ¿Qué tal van por ahí las cosas?

—Bien, mi general. Hemos cruzado el río Han y estamos al pie de la colina de South Hill, que nos disponemos a tomar al asalto.

—¡Esa colina es fundamental! ¡Hay que conquistarla como sea! ¿Muchas bajas?

—Sí. Más del cincuenta por ciento.

—Tiene suerte. Algunos regimientos han sido pulverizados. El porcentaje medio es mayor que el suyo. ¿Quiere refuerzos?

—Nos bastaremos para echar a los norcoreanos a punta de bayoneta. Solicito treinta minutos de fuego artillero. ¡El fuego más infernal que puedan desencadenar nuestras baterías!

—Lo tendrá. ¿A qué hora?

—Inmediatamente.

—Bien. Dígale a Raymond que tengo aquí un sobre urgente para él del Estado Mayor.

—Se lo diré después, mi general.

—Suerte. De esa colina depende la seguridad de Seúl.

—La tomaremos. Adiós.

Raymond, que había seguido atentamente el diálogo, inquirió:

—¿A quién tiene que decirle algo después?

—A ti, Raymond. Ahora no debe preocuparnos otra cosa que ese maldito cerro.

—Como quieras.

Silbando aterradoramente, las primeras granadas norteamericanas pasaron sobre las cabezas de los infantes de Marina para estallar en lo alto. Pronto, el estruendo fue aterrador.

—Transmite la orden, Raymond. A las cuatro y media en punto

atacaremos. ¡Quedan seis minutos!

—¿No esperarás a que cese nuestro fuego artillero? Algunos proyectiles se quedan cortos y...

—Eso pensarán los coreanos.

—Comprendo.

Los pulsos martilleaban las muñecas de los hombres, segunderos que tal vez les acercaban a la muerte.

Los oficiales tenían la mirada fija en sus relojes. A la hora prevista, Michael Carter fue el primero en incorporarse para, alzando ambas manos, correr hacia las primeras estribaciones.

Al amparo de la sorpresa, consiguieron ascender unos cien metros sin sufrir graves pérdidas, pero a partir de ese momento la tierra se convirtió en un infierno que hervía de explosiones, temblando cual si fuese sacudida por un terremoto.

La artillería norcoreana causaba terribles pérdidas. Pronto los infantes de Marina hubieron de enfrentarse a una nueva barrera de fuego más peligrosa, más cruel: la formada por los morteros.

Michael, oculto detrás de una roca, gritó a Raymond:

—¡Esos cerdos tienen arriba un arsenal!

Los cascos de metralla silbaban en todas direcciones. Los soldados se apretaban contra las rocas, cual si, quisieran fundirse con la tierra.

—¡Adelante! ¡Adelante!

Los oficiales, siempre en vanguardia, emulaban a su coronel, el cual, como si una deidad misteriosa le protegiera, seguía en primera línea, a veces completamente erguido, animando a los hombres más cercanos.

—¡Estamos a ciento cincuenta metros de nuestro objetivo, Raymond!

—¿Vas a pedir a nuestra artillería que cese el fuego?

—Aún no. Faltan siete minutos para que transcurra la media hora solicitada. Descansaremos dos.

Con la diestra, hizo señas a los más próximos para que se resguardaran. Como de costumbre, la orden fue transmitida con rapidez.

—¡Nos están achicharrando!

—¡Sí, Raymond, pero yo estoy agotado y pienso que a los demás

les sucede lo mismo! Un respiro es imprescindible. ¿Sabes algo de Magde?

—Llegó a las inmediaciones de Seúl sin novedad.

—¡Vamos ya!

Hablaban a gritos.

—¡No te separes de mí, Henry! ¡Adelante!

Al fuego de los morteros se unía el de las ametralladoras de grueso calibre. Una sección, que al mando de un teniente avanzaba a la izquierda del coronel, fue destrozada en pocos segundos. Si continuaba aquella matanza, ningún hombre llegaría vivo a lo alto de la colina.

A sesenta metros de la cumbre, cuando algunos proyectiles de la artillería americana estallaban entre sus pies, Cáster se volvió a Henry para ordenarle:

—¡Dame con el general!

Pero Henry, su fiel chófer de la campaña de Corea, se desplomó, con la cabeza horriblemente destrozada por un casco de metralla, convertida en un amasijo sanguinolento.

—¡Henry!

Raymond, milagrosamente ileso, se apoderó de la radio para ordenar el cese del fuego artillero, lo que se produjo treinta segundos más tarde, tan rápidas eran las comunicaciones de las diversas unidades con el Cuartel General.

—¡Ahora o nunca!

Michael Carter, en pie, sin encorvarse, puso su metralleta a la altura del vientre y girando, sin cesar de hacer fuego, se aproximó más y más a la altura. Ya se divisaban los rostros de sus enemigos, quienes empezaron a emplear el arma más terrible: los lanzallamas.

Al cesar la artillería y los morteros, por no haber distancia entre los combatientes, podían escucharse, con el estruendo de los fusiles y las ametralladoras y los estallidos de las granadas de mano, los gritos de los soldados, gritos de agonía o de rabia.

—¡A por ellos! ¡A por ellos!

Era el clamor unánime de los infantes de Marina, quienes, montando las bayonetas, oponiendo sus pechos a las rápidas armas enemigas, se hallaban a menos de cinco metros de los parapetos.

El choque fue de una ferocidad sin límites. Michael Carter

golpeaba con la metralleta a los que se le enfren-taban, utilizándola a modo de maza, e iba abriendo un boquete, mientras recorría la trinchera de primera línea, que pronto estuvo en poder de los norteamericanos.

Se terminó de limpiar el reducto a base de bombas de mano y de heroísmo. Los norcoreanos no retrocedieron. Se dejaban matar al pie de las armas automáticas y en lucha cuerpo a cuerpo.

El coronel miró su reloj: eran las cinco y veinticinco.

No se hizo ilusiones. Aún faltaba mucho para dejar limpia de adversarios la colina.

Dispuso un descanso de diez minutos. Todos lo necesitaban. Unos para curarse heridas no graves, otros para recargar las armas y proveerse de municiones, en especial de granadas, y todos para recobrar el aliento. Michael sabía que era necesario proseguir el avance sin demasiadas demoras, sin dar tiempo a que los norcoreanos recibiesen refuerzos e hicieran imposible la conquista de South Hill. Además, era necesario aprovechar el efecto psicológico de un ataque inconcebible, coronado por el éxito en su primera fase.

Raymond Cheshire, herido en la muñeca izquierda por el rasponazo de una bayoneta, dijo:

—Nunca supuse que llegaríamos arriba.

—Yo estaba seguro de conseguirlo, aunque hubo un momento en que creí no verlo. ¡Qué diluvio de plomo! Ponme con el general y...

—Este cacharro no funciona. Me salvó la vida al recibir el trozo de metralla cuando le llevaba a mi espalda. ¿Quieres que pida otro aparato a cualquiera de las compañías?

—No. Si necesitan comunicar conmigo, mandarán un enlace. Veamos, Raymond. Tenemos que atravesar vein-ticinco metros a pecho descubierto antes de llegar a la segunda trinchera y de allí a la tercera y última hay aproximadamente la misma distancia. Podrán achicharrarnos a placer. Transmite a la unidad inmediata la siguiente orden para que sea comunicada a todos los jefes de batallón. A las cinco y treinta y cinco, se lanzarán bombas de humo y al amparo de ellas iniciaremos el asalto. Que no se molesten en limpiar de enemigos la segunda línea de trincheras, sino que la salten y tomen la tercera. Eso les sorprenderá. Después, tendremos

tiempo de preocuparnos de los que haya con vida en retaguardia. Te espero, Raymond. No tardes.

—Regreso en unos minutos.

Al quedar solo, Michael pensó con tristeza en las muchas vidas que estaba costando aquella batalla, vidas que pudieron salvarse de no haberse cometido la torpeza política del paralelo 38 y, después, cortando la invasión en los primeros días con unidades bien preparadas y no con muchachos que se alistaron en el ejército bajo el slogan estúpido de «Conozca el mundo». Para muchos aquél fue el primero y el último viaje de turismo.

Para alejar de sí tan amargas ideas, tornó a mirar con los gemelos de campaña. No le preocupaba la línea de alambradas, sino el posible fuego cruzado de las ametralladoras, el exigir a sus hombres el esfuerzo sobrehumano de lanzarse de nuevo al asalto.

—¿Muchas pérdidas, Raymond?

El comandante médico, que acababa de acercarse a su jefe, asintió con el gesto y la palabra.

—Hay sargentos y hasta cabos al mando de compañías por haber muerto todos los oficiales. En algunos batallones las pérdidas son del setenta y hasta del ochenta por ciento. Creo que podremos disponer de la cuarta parte de los efectivos con que comenzamos el ataque.

—¡Sobrarán!

De nuevo la mirada en el segundero, los pulsos tensos, el corazón loco en el pecho.

—¡Ahora!

Con un ruido sordo empezaron a estallar las granadas de humo. El tiroteo se recrudeció y los morteros empezaron a entrar en acción.

A la luz de los fogonazos, entre las tinieblas de la noche y la cortina de humo, los infantes de Marina parecían héroes legendarios, seres de pesadilla surgidos de las entrañas de la tierra para sembrar la muerte y la destrucción.

Dos horas más tarde, con el sol ya alto, la bandera de los Estados Unidos ondeaba sobre la colina de South Hill.

Abajo, en la ciudad, se continuaba la lucha, pero los reductos enemigos eran cada vez más débiles.

Michael Carter, luego de pedir el envío de refuerzos para prevenir un posible contraataque y mientras Raymond Cheshire se dirigía al puesto de mando a recoger el sobre que le había sido enviado desde Washington, anduvo por una de las trincheras hasta situarse en una zona desde la que se divisaba la capital.

Las columnas de humo alzábanse en el aire y oíanse disparos de cañón y ametralladora, cada vez con menos frecuencia. El enemigo se retiraba hacia el norte, hacia el paralelo 38, que nunca se debió establecer.

—¡Vuélvase, coronel! ¡Quiero matarle cara a cara!

Michael giró en redondo al oír la voz amenazadora, para enfrentarse con un soldado, cuyo rostro le era conocido, pero al que no pudo identificar.

—¿Por qué vas a matarme, muchacho? ¿Tan mal te ha ido a mis órdenes?

Carter comprendió que se enfrentaba a uno de los misteriosos enemigos que tantas preocupaciones le causaron desde su salida de San Francisco y a los que no consiguió desenmascarar.

—Voy a vengar a los que usted mató.

—No olvides que en defensa propia y siempre repeliendo ataques a traición. Eres un cobarde. No creo que tengas valor para apretar el gatillo.

—Va usted a verlo ahora mismo.

—Dime, al menos, tu nombre y qué te impulsa a odiarme así.

—Soy el soldado Alfred Pitamber, de la cuarta compañía. ¡Usted es un carnicero!

—¿Cuánto te pagan por liquidarme? Tú no eres un idealista. Sólo deseas vivir bien. Te parece más a un *gángster* que a un combatiente.

Michael deseaba ganar tiempo, sabiéndose perdido. Su enemigo se hallaba a cuatro metros de distancia y empuñaba una metralleta de tiro rápido. Apenas hiciera el menor movimiento, podía considerarse hombre muerto.

—¿Y si yo te diera más dinero para que me dejases con vida?

—No es buen negocio. Después me delataría. Además, le aborrezco. ¡Es un déspota que cree que todo puede disculparsele porque se juega la vida en cada combate! ¡También yo lo he hecho

y no soy el coronel!

Excitado por la furia del combate, temeroso pese a tener todos los triunfos en la mano, el que dijo llamarse Alfred Pitamber curvó su dedo sobre el gatillo del arma automática.

Carter, sabiéndose perdido, se dispuso a lanzarse contra su enemigo, aún en la certeza de que antes de que avanzara un paso sentiría en su carne el desgarró del plomo.

En ese momento, una granada estalló a unos metros de distancia, La onda expansiva arrojó a los dos hombres a tierra.

El coronel, medio atontado por la explosión, poniéndose en pie, se arrojó sobre su enemigo, que aún no se había incorporado. Sus manos se tiñeron de sangre al ceñirse en torno a la garganta de Alfred Pitamber, limpiamente degollado por un casco de metralla.

Michael, de rodillas en la zanja, elevó los ojos al cielo, en muda acción de gracias. Aquello era un milagro, un milagro de la guerra.

Se apartó del cadáver, entristecido, recordando unas palabras que se le habían grabado en el corazón: «Es usted un déspota que cree que todo puede disculpársele porque se juega la vida en cada combate».

¿Serían esos los sentimientos de sus hombres?

No pudo responderse. Raymond Cheshire avanzaba hacia él con una sonrisa de triunfo en los labios.

—¡Hay noticias, buenas noticias! ¿Estás herido?

Michael, mirándose las manos, húmedas de sangre, repuso, con gesto de pesadumbre:

—No. Han querido matarme de nuevo y la Providencia, en forma de un proyectil de cañón, me ha salvado en el último momento. Pensaba que soy culpable de la muerte de muchos de mis hombres.

—Te equivocas, Mike. Comprendo lo que te ocurre. Es fatiga nerviosa. Pasará dentro de unas horas.

Como advirtiera que Michael continuaba mirándose las manos, Raymond prosiguió:

—En el Cuartel General estaban seguros de que no nos sería posible poner los pies en la colina. La Primera División estaba lista para acudir a nuestra petición de socorro.

—No me hace feliz la noticia.

—¡Debes saber que el general Walker estima que nuestra unidad ha conseguido un imposible! ¡Es cierto que han sido muchas las bajas, pero no es menos verdad que la Primera de Infantería, con sus cuadros completos y merced al sacrificio de los nuestros, ha podido acelerar la toma de Seúl, que ya es un hecho.

—Sigues sin convencerme. ¡Soy un carnicero!

—Toma un cigarrillo. Lo necesitarás. Estás deprimido. ¿Puedo gastarte una broma? En otra ocasión te dije que tenías sicología de general. Lo confirmo. En un futuro serás diplomático y cauto. Lo que se llama un verdadero zorro.

Michael encendió el cigarrillo que el comandante médico le había entregado y aspiró profundamente el humo, consiguiendo serenarse.

—¿Puede saberse qué contenía ese sobre? —preguntó.

—¡Claro que sí! La Oficina Federal de Investigación, siguiendo las pistas facilitadas por nosotros, ha desarticulado en nuestro país y en el Japón una red de espionaje enemigo. Acaban de facilitarme los nombres de los soldados que en nuestra unidad forman el grupo de saboteadores. Eran cinco. Sólo queda uno con vida. Dos murieron en el barco y otros dos han caído en combate.

—¿No será ese el quinto hombre? —inquirió Carter, señalando al que quiso asesinarle.

—Si se llama Alfred Pitamber, sí.

—En efecto. Entonces...

—Las fotografías, las huellas, el hallazgo del japonés en Tokio dentro del chalet desamueblado y las indagaciones que se venían efectuando, han sido coronadas por el éxito. ¡Podemos estar satisfechos, Michael! ¡Ah! Nuestra unidad será completada con los supervivientes de la Primera División de Infantería. La lucha en Seúl ha sido muy dura.

—Continúa siéndolo. ¿No oyes?

—Sí, pero se confía en sofocar los últimos reductos enemigos antes del anochecer. Los tanques se están empleando a fondo. Me han rogado que prepares la lista de recompensas. Mañana quieren celebrar un acto solemne e imponer las condecoraciones que tú propongas.

—Habrá que condecorar a todos.

—Sólo a cinco oficiales y a veinte soldados.

—Me reuniré entonces con los jefes de batallón. Diles que vayan ahora mismo al puesto de mando. ¿Viste a Magde?

—Sí. Se encuentra bien, agotada por el trabajo, pero feliz por saberte a salvo.

—Preparamos las listas de recompensas y ascensos. ¿Quieres llevarla tú mismo al general?

—No hará falta. El las recogerá personalmente dentro de media hora. Desea felicitarte por la toma de South Hill.

—Diplomacia de general, ¿no es eso, Raymond?

—Quizá.

Las deliberaciones con los jefes de las distintas compañías fueron largas. Los distinguidos eran muchos y fue preciso examinarles uno a uno para confeccionar la relación definitiva.

Terminaba un escribiente de poner la lista a máquina cuando el general Walker entró en el refugio, excavado por los norcoreanos en la roca. Todos le saludaron militarmente y el jefe de las operaciones militares en Corea abrazó a Michael, diciendo:

—Considérense todos ustedes incluidos en este abrazo que doy a su coronel, mejor dicho, a su general. ¿Satisfecho, Carter?

—Sí, señor. Llega a tiempo el ascenso.

—Oportuno, como siempre. Quisiera recorrer las posiciones para felicitar a los soldados. ¡Se han comportado bravamente!

—Cumplimos con nuestro deber, señor.

El general Walker, seguido de jefes y oficiales, abandonó el improvisado puesto de mando para mezclarse entre los soldados que a las órdenes de Michael Carter habían realizado la proeza increíble de conquistar South Hill.

## CAPITULO VII

A la izquierda de las ruinas del templo «shinto», de la montaña de South Hill, en una pequeña meseta en la que había sido preciso, horas antes, rellenar algunos de los embudos formados por las bombas para que pudieran formar correctamente los hombres, el general David G. Barr, jefe de la Séptima División de Infantería, en nombre del general Walker, atareado en los preparativos para la solemne ceremonia que se celebraría próximamente en Seúl con asistencia de Mac Arthur y del presidente Syngman Rhee, después de pronunciadas unas sencillas palabras, procedió a la imposición de la Estrella de Plata a los que se distinguieron en la batalla.

Los semblantes reflejaban la emoción del momento. Cada apretón de manos sellaba la camaradería de unos hombres que habían luchado juntos y que se sentían identificados por el amor a la patria.

Michael Carter, rígido, contemplaba orgulloso la escena, luchando por vencer la tentación de volver la cabeza para mirar a Magdeleine Rivers que, unos pasos a su espalda, era emocionada espectadora de la imposición de recompensas.

Finalizado el acto, los hombres a las órdenes de Michael Carter fueron relevados de sus posiciones, concediéndoseles cuarenta y ocho horas de permiso.

Walter Gordon, ascendido a coronel, se acercó a Michael para decirle:

—Enhorabuena.

—Lo mismo te digo. El general me ha dado buenas noticias. Nuestras fuerzas avanzan al norte del paralelo 38 y se aproximan rápidamente hacia Pyngyang. Tal vez encuentres allí a tu esposa.

—En eso confío.

—He pedido, sin consultarte, que no te trasladen a otra unidad. Quiero que sigamos juntos.

—Gracias, general. Me voy. Creo que tienes algo mejor que hacer.

Walter se alejó, con una sonrisa, mientras Magdeleine Rivers se aproximaba.

—Hola, Mike.

—Hola, Magde. ¡Tenía muchos deseos de verte!

Callaron mientras caminaban por los paseos de South Hill, la mayor parte destrozados por las granadas.

—Al pie de la colina me espera el *jeep*. ¿Quieres acompañarme, Magde?

—Sí. Aún no te he dado las gracias por salvarme la vida.

—¿Esperabas que procediera de otra forma? Tú también salvaste la mía llevando la petición de auxilio. En eso estamos en paz.

Ella se detuvo, mirando fijamente a Michael.

—¿En eso? ¿Qué quieres decir?

—Me he dado cuenta de muchas cosas en los últimos días. ¡No sé cómo pudiste aguantarme tanto tiempo!

—La guerra te ha domesticado —quiso ironizar la muchacha.

—No te burles.

—Perdona.

Hubo de nuevo un largo silencio. Michael sentía enormes deseos de estrechar a la mujer contra su corazón, pero notábase invadido de una extraña timidez no experimentada hasta entonces.

—Magde...

—Di.

—Verás... Había pensado... —ella le interrogaba con la mirada, sin interrumpirle—. La verdad es que... ¡Hablé esta mañana con el capellán para decirle si podía casar a una pareja!

Una sonrisa de ternura se dibujó en los labios de Magdeleine.

—¿Qué te contestó?

—Nos espera dentro de una hora. ¿Quieres ser mi esposa?

—¡Con toda mi alma!

Se abrazaron. El amor florecía de cara a la guerra, a la muerte...

## CAPITULO VIII

Los resultados de la invasión estaban superando los cálculos más optimistas. Después de la caída de Seúl, destrozado y desmoralizado, el ejército norcoreano, que hasta entonces llevó la iniciativa, retrocedía desordenadamente, sin ofrecer batalla, limitándose a la lucha de guerrillas.

El objetivo principal era conquistar la capital de Corea del Norte y cortar las vías de comunicación a lo largo de las costas occidental y oriental, hacia Manchuria y Siberia.

Tres semanas más tarde de la toma de Inchon, los norcoreanos se batían en retirada dentro ya de su propio territorio, acosados por 250.000 soldados de la ONU y cerca de 100.000 sudcoreanos.

La artillería y la aviación machacaban implacablemente las rutas de retirada del enemigo, produciéndole una feroz mortandad. La toma de Chinnampo, a unos treinta kilómetros de Pyongyang, amenazaba de muerte el principal reducto enemigo que, con gran sorpresa de las fuerzas de asalto, fue evacuado por los comunistas sin ofrecer batalla, mientras fuerzas de paracaidistas se lanzaban treinta kilómetros al Norte, en medio de las fuerzas enemigas, con el propósito de rescatar el mayor número posible de prisioneros norteamericanos.

Conquistado el aeropuerto de Pyongyang, se inició el abastecimiento por aire para las tropas de vanguardia que proseguían su marcha triunfal sin apenas riesgos.

Michael Carter, siempre en vanguardia, no se confiaba. En cualquier momento podía surgir la contraofensiva.

Al aproximarse a la capital de Corea del Norte, dividió sus fuerzas en dos grupos, uno a sus órdenes directas, y otro a las del coronel Walter Gordon, al que recomendó:

—No te dejes cegar por la ira, ni tampoco vayas solo en busca de tu esposa. ¿Me lo prometes?

—Sí. Gracias.

—Buena suerte.

Cientos de cadáveres, arrastrados por el río Daedong, flotaban en las aguas, chocando en los pontones de los puentes, medio

destruidos, que se alzan en la parte septentrional de la ciudad.

Los soldados, atentos, en dos filas, iban registrando los edificios, pero pese a encontrar provisiones y bebidas, se abstendían de tocar nada. Las órdenes de Michael fueron contundentes:

—Pueden haber dejado conectadas minas a aquello que saben prefieren los soldados. Todas las precauciones son pocas.

Pronto, comprobaron que por vez primera los comunistas no habían preparado trampas mortales a su espalda, que sólo se preocuparon de huir con la mayor rapidez posible.

Michael, luego de dejar el mando en manos de Raymond, se dirigió a un jeep a las señas que su amigo le facilitó como la residencia de la esposa de Walter.

El edificio estaba intacto, como si casi toda la población, apenas bombardeada por falta de resistencia, y Carter, penetrando en el portal, subió de dos en dos por la escalera, deteniéndose ante una puerta entornada, detrás de la que pudo advertir a su compañero de armas abrazando estrechamente a su mujer.

Ya iba a retirarse sin ser visto, cuando unas palabras le inmovilizaron:

—Me obligaron a abandonar los Estados Unidos con la amenaza de matar a mis padres. Al llegar aquí, a bordo de un mercante en el que me embarcaron clandestinamente, ellos habían muerto en un bombardeo.

Ahora he tenido que ocultarme para que no me obligaran a seguirles. Yo te esperaba. Sabía que vendrías.

—Sí, querida. La pesadilla ha terminado para nosotros. ¡Qué largos se me han hecho estos meses de separación!

Nada tenía Michael que hacer allí y se retiró, despacio para no ser oído, hasta el jeep, poniéndose de nuevo al frente de sus fuerzas, quienes, sin detenerse en la ciudad conquistada, Continuaron el avance, hostigando a las tropas norcoreanas en franca fuga.

El optimismo reinaba entre los soldados.

—La guerra está acabada.

—Pasaremos la Navidad en casa.

Sin embargo, en el Alto Mando imperaba la preocupación. En la lucha contra las guerrillas comunistas, cada vez más numerosas, se

habían capturado soldados chinos vestidos con uniformes norcoreanos. No se trataba, como hasta entonces, de casos aislados. En algunas de las unidades, destruidas o apresadas, los chinos eran más numerosos que los coreanos.

Pese a todo se proseguía el avance, sin apenas lucha. Daba la impresión de que las fuerzas enemigas se habían evaporado.

Una noticia corrió de boca en boca, como un rumor sin confirmación, sin duda lanzado por algunos de los aviadores que efectuaban vuelos de reconocimiento en vanguardia.

—¡Están atravesando el río Yalú varias divisiones chinas! ¡Son millares de hombres!

En el puesto de mando del general Walker, éste informó a los jefes de su Estado Mayor:

—Nuestro servicio de información acaba de comunicarnos que tres grupos de ejército, de seis divisiones cada uno, procedentes del XXXVII, XXXII y XL Ejércitos chinos, en total unos noventa mil hombres, han penetrado en Corea del Norte. La mayor parte de esas fuerzas han sido enviadas a Manchuria desde Nanking y Hankow hace cerca de un mes. Los oficiales han ordenado quitar de los uniformes las insignias del ejército popular chino, ordenándose a los soldados que digan en caso de caer prisioneros que son voluntarios que prestan ayuda a Corea del Norte. Además, hay otras ocho divisiones chinas preparadas al otro lado del Yalú.

Hubo un largo silencio. Michael Carter comentó:

—Si esas noticias son ciertas, y no lo dudo, porque ya hemos podido contrastar la existencia de fuerzas chinas en las filas enemigas, ésta va a ser una guerra interminable. Ayer hablé con algunos de los pilotos y nos dijeron que estaban fracasando una y otra vez. Los aviones norcoreanos ametrallan nuestras líneas y cuando ellos se lanzan en su persecución atraviesan el Yalú tomando tierra en Manchuria. La orden que han recibido es tajante: no violar el espacio aéreo chino.

—En efecto, Michael, pero aún hay más. La Sexta División coreana alcanzó ayer la frontera. De pronto fue atacada por tropas chinas y casi aniquilada. En algunos sectores, los chinos se han lanzado a una feroz ofensiva. Tendremos que resistir, pero creo que no podremos mantenernos.

Las palabras del general Walker iban a resultar proféticas.

Pronto, en medio del feroz invierno coreano, las tropas de las Naciones Unidas se iban a replegar desordenadamente hasta más allá del paralelo 38 sin que se tomaran enérgicas medidas internacionales contra la intervención china.

## EPILOGO

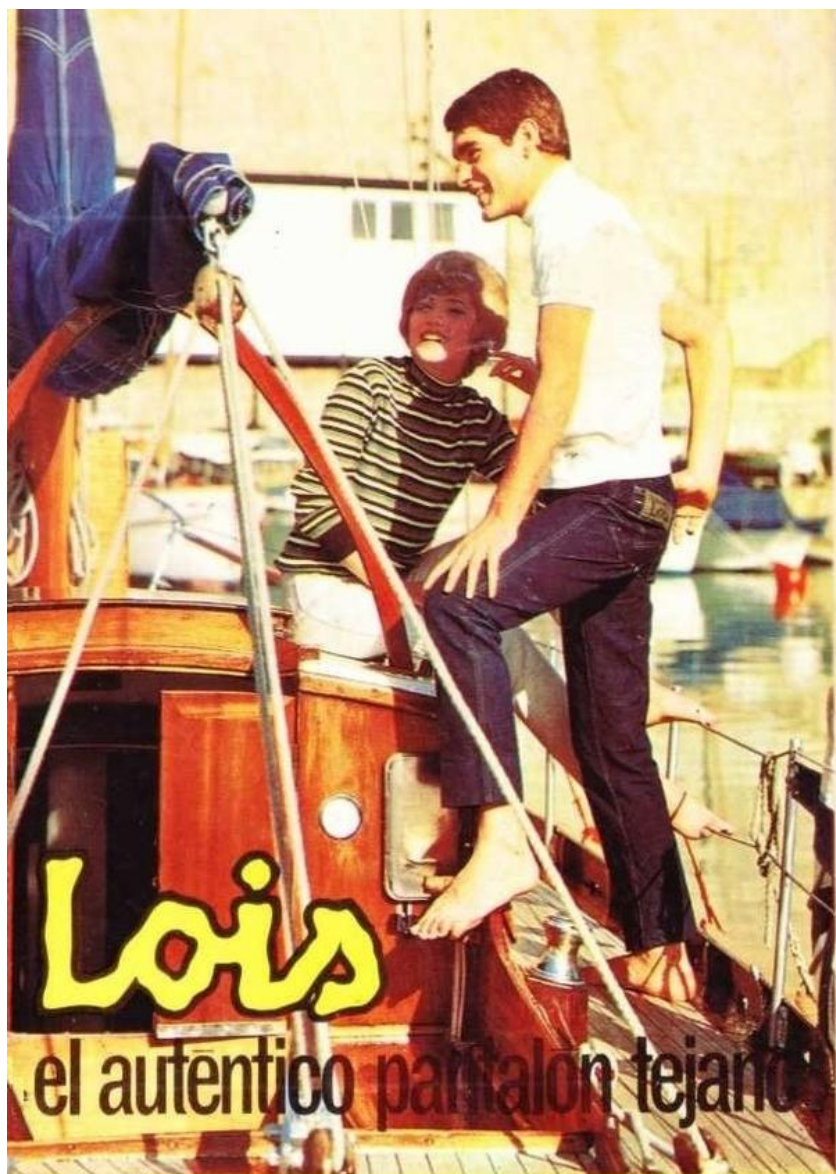
Firmada la paz en Corea en condiciones humillantes para las Naciones Unidas, Magdeleine Rivers y Michael Carter regresaron a los Estados Unidos para disfrutar un largo permiso concedido a todas las unidades combatientes.

La felicidad iba a sonreír a la pareja en un futuro próximo con el nacimiento del primero de sus hijos.

—Le pondremos tu nombre —dijo Magde—. No me desagradará que se parezca a su padre.

En el rancho de Texas, propiedad de Carter, en el amplio porche, el matrimonio se besó con ternura mientras el sol se hundía entre las montañas...

FIN



# Lois

## el auténtico pantalón tejano



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**  
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

**PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.**